

Nº30 Septiembre 2024



Tener memoria es renacer una y otra vez.
Renacer en campanas, en acero, en pájaros.
Nos hace decidir el camino, el sosiego, la esperanza
y martilla en la red fatigada de las venas.

Espartaco En este número

Irina Tall Novikova



TERY LOGAN
EL RETORNO
RISSELL RODRÍGUEZ
DOMINGO ORTEGA
ELOY CALVO PÉREZ
EL RINCÓN DE CRISTIANE
CARLOS CAPRIOLI
JOSE JULIO PALMA
NURIA DELGADO
MAXIMILIANO SACRISTÁN
PILAR PÉREZ VIÑUALES
JOSE R. SIMON
PABLO VELÁZQUEZ
MAPACHE
JUAN CARLOS FLORES
FREDY PIMIENTO
ENRIQUE BORST
SERGIO BORA O LLOP
FREIRE
PÁGINA 30 VISTO EN REDES
LUIS FELIPE ORTIZ REYES
BASTIÁN NÚÑEZ
REMEDIOS SOLANO
NATALY NOBOA
JAIME RODRÍGUEZ MATÉ

Tery Logan

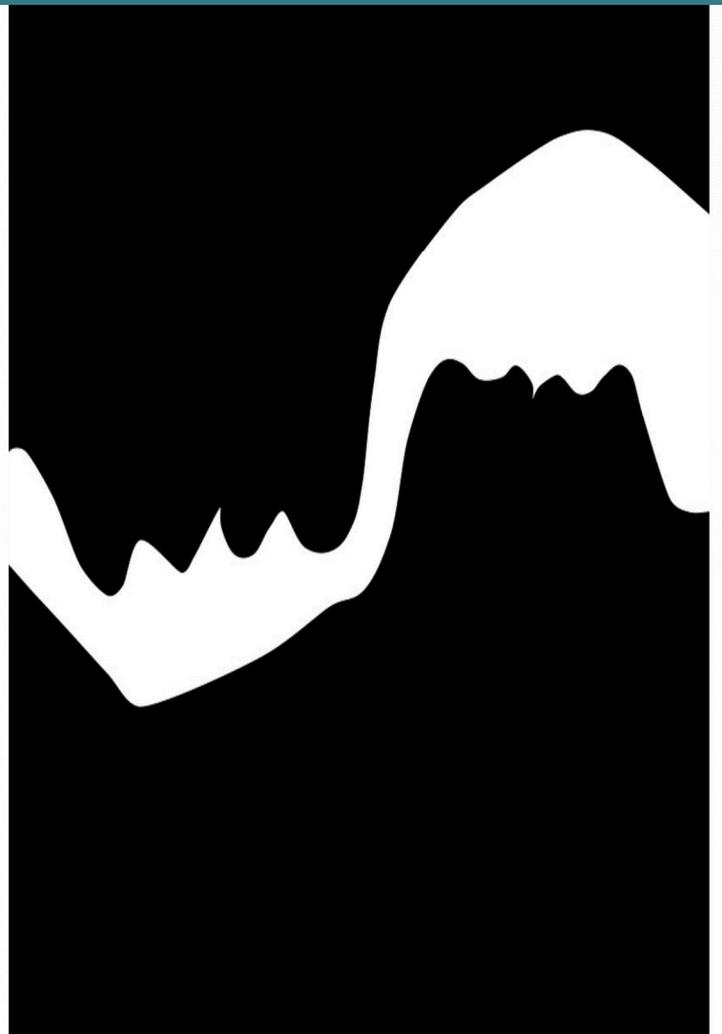
Con voz de
MUJER



A RITMO CÓNCAVO Y CON BESO

Eres agua clara que limpia mi añiñada mirada
que alborota mis sentidos
y enciende mis entrañas.
Agua que me colma de ardientes besos al alba
y enfría el escozor de mis heridas amargas.
Eres agua destilada. Pura.
Por eso sanas mi alma.
Gota a gota te impregnas en mi almohada.
Agua pura que calma mi espíritu
sediento y visceral, agua hercúlea
que inundas caliente mi sexo.
Soy tu diosa de labios rojos y pelo negro, revuelto,
que te escribe versos
a ritmo cóncavo y con beso.
Soy tu fresco valle. Tu fruto maduro. Tu dulce anhelo.
El cauce del río salvaje
que te tatúa por dentro.

-Tery Logan-



Editorial El retorno

Septiembre es el mes donde todavía algunos marchan de vacaciones (más idílicas que los calurosos julio y agosto) y la gran mayoría retorna a sus quehaceres habituales, los niños al cole, etc. También se hacen planes y hay eventos para todos, especialmente en el mundo literario donde el otoño suele ser caliente. Tampoco hay que esperar grandes novedades y eso es señal de que para la gran mayoría el sistema funciona a pesar de estar hipotecados y muchos descontentos.

La agenda política, con sus vaivenes y algunos más, seguirá en manos de cuotas de poder que nos dirán lo políticamente correcto. Nadie se salva. Las televisiones presentarán sus nuevos fichajes y seguiremos enganchados a las series, los realities y el fútbol. Una vida enfin, que ya nos conocemos de sobra y que preferimos a lo bueno por venir. No es de extrañar en este mundo de locos cierta complacencia y

conformidad con el sistema ya que... amanece que no es poco. Luchas de género, cambio climático, señores de la guerra, cracks económicos, etc. Hay de todo como en botica.

Os pido a vosotros que habéis enviado vuestra colaboración paciencia par que vayan saliendo las muchas y buenas colaboraciones que habéis enviado y que en su mayor parte todavía están pendientes de lectura. Nuestra revista no da para más y eso que forzamos para llegar a 44 páginas. Hay unos 200 correos por leer y os prometo que , si pasan la selección, irán saliendo mes a mes.

No es fácil manejar semejante volumen de información y quiero tener la garantía de que lo que publico merece la pena. Todos vais a ser leídos pero hay que esperar para verlo reflejado en la revista. Como se espera el otoño o el invierno. Muchas gracias a todos. Es un retorno ilusionante.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº30 Septiembre 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 40 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

¡SE DÉSO D'AHÍ!





Aire

Siento una fuerte sacudida que logra despertarme un poco, luego otra sacudida y a la tercera vuelvo a recuperar los latidos y el aire, me quedo dormido ya con ritmo cardíaco normal pero esta vez

cuando despierto tengo un tubo conectado a un respirador artificial, perdí la capacidad de respirar por mí mismo, tengo tubos por todos lados, uno que va a mi estómago, uno por donde hago mis necesidades fisiológicas, canalizado por ambos brazos y ahora un tubo que va a mis pulmones, parezco experimento de película de terror. Escucho a mi madre llorar en voz baja, cada vez escucho menos lo que hablan y más un pitido que no me deja concentrarme bien en lo que escucho. Llega alguien llamada Laura que cerca de mí le dice a mi madre:

- *¿Qué piensas hacer cuñada? No lo dejarás ahí toda la vida ¿O sí? Sabes que han sido muchos gastos hasta ahora y tenerlo aquí más tiempo sin necesidad no es lo correcto para nadie. Déjalo ir.*

Mi madre le responde:

-Como se nota que no tienes hijos Laura, así como no tienes hijos, no tienes alma. Tu decías quererlo mucho y era porque se estaba convirtiendo en ti, alguien rebelde que solo quería verse perfecto para el mundo, ¿Y ahora quieres simplemente matarlo? Vete de aquí Laura, ni él ni yo te necesitamos en nuestras vidas. - Laura continúa:

- ¿Vida? Él ya no tiene una, Cristina. ¿Qué no lo ves? Lleva 3 meses en cama y no da señales de mejoría, se está muriendo Cristina, entiéndelo. Está camilla la puede estar ocupando alguien más con otras necesidades y el seguro está sufriendo, no seas egoísta cuñada, solo déjalo ir. -

Mi madre rompe a llorar, sé que le cuesta aceptar que su hijo menor, con quien tanto amor crió, simplemente muera y no deje nada más en este mundo. Porque eso pasará si me voy, no fui famoso, solo popular, no hice nada productivo o digno de admirar, no habrá una calle con mi nombre o una estación del metro, no harán una estatua en mi honor, no harán ningún tributo,

solo me iré sin dejar ninguna huella de nada. Mi madre ha sacrificado su trabajo solo por estar aquí conmigo y eso me duele mucho, logro recordar que amaba mucho su trabajo.

Me siento muy cansado, mi ritmo cardíaco es lento y mi respiración forzada con esa máquina no ayuda, no logro recordar los rostros de mis amigos, ni de mis hermanos y sus hijos que llegan por la mañana haciendo mucho ruido. Ya no logro recordar cómo son, como se ven, ni siquiera su color de piel o cabello, solo sé que existen y que son mi familia por lo que los escucho decir. El término vegetal para esta condición ahora empieza a tomar sentido, soy un inútil vegetal que si lo sacan del refrigerador se pudre y que igual estando dentro no le queda mucho tiempo. No lograr recordar nada solo hace que mi vacío sea más grande y que mi depresión por estar encerrado aumente, haciéndome morir más rápido. Escucho bajito a Ernesto hablar de alguien, el pitido en mi oído no me deja escucharlo bien, pero escucho el nombre de Vanessa y habla de una canción, por suerte mía, se acerca y me dice que Vanessa ha subido un video a Instagram tocando una canción con su guitarra y la reproduce para mí. Esa voz angelical me trajo paz y recuerdos y aunque no se note, estoy sonriendo. La canción es triste, pero me concentro más en su voz:

Y ahora que te vas, llévate mi vida entera

No sé ni a donde irás, pero entiendo que tendrás que partir

Y ahora que te vas, recuerda que el amor espera Y aunque no vuelvas más, prometo no olvidarme de ti Como olvidarme de ti.

Ojalá pudiera llorar, ojalá pudiera decirle que quiero verla, que quisiera sentirla y escucharla, pero tampoco recuerdo su rostro y me duele saber lo mucho que la quería y no puedo recordarla. Necesito aire, el oxígeno que entra a mi cuerpo no es suficiente y sé que estoy muriendo, por favor alguien haga algo que yo no puedo hacer nada ya no sé ni cómo quedarme dormido para olvidar por un rato esta situación tan terrible, esta cárcel humana, esta tortura. Prefiero mil veces la cárcel real y no estar encerrado en este pequeño espacio que es mi cuerpo inútil.

Risell Rodríguez

RECUERDO LOS DÍAS

Siempre que recuerdo los días
que he vivido contigo,
supero las olas heladas
y escribo vientres a tu nombre.

Siempre que escalo montes en mi pelo,
el gusano latente despierta y me avisa
de tu rostro quemado
por esa brisa sempiterna
y la fúlgida viuda.

Siempre que la vida sonrío
sin un diente, recuerdo
las gónadas lechosas
del fiero azul dormido
mientras el velo que te empaña
acaricia mi arruga.

No encuentro la virtud
en este miedo,
ni el perdón en este lunar,
tan solo quiero ennegrecer
sin pedirte llorando
un mísero iceberg caliente,
sin clavar mis uñas en tu infinito.

Domingo Ortega

¿POR QUÉ?

Sería luego, más tarde, cuando reparara en ello. En realidad, tuve suerte de que el policía fuera un hombre paciente. No puedo estar seguro del número, pero si no me formuló la pregunta cinco veces no lo hizo ninguna. El hombre lo intentó de todas las formas posibles, aunque todas ellas con idéntico resultado.

La persona que tenía enfrente o era muda o tenía algún problema serio de salud mental. Eso debió de ser lo que pensó y quizás de ahí que mostrara esa paciencia infinita.

En mi defensa alegaré que ni soy mudo ni creo padecer ningún trastorno que pueda incluirse en esos que acaban precisando ingreso psiquiátrico, pero no le culpo pues cualquiera que hubiera estado presente mientras el agente me interpelaba habría concluido que mi estado era lo más parecido a un síndrome catatónico a tenor de la rigidez muscular, el estupor mental y el nivel de excitación que, aparentemente, me impedían responder.

Con buen criterio el policía declinó continuar con el interrogatorio y optó por dejarme tranquilo en una salita -alejado del ruido reinante en la comisaría- con la esperanza de que, poco a poco, me fuera encontrando mejor y pudiera obtener respuesta a la única pregunta que me había formulado, la única que tenía intención de dirigirme: ¿por qué?

Parecía una pregunta sencilla, pero, aunque la ausencia de respuesta por mi parte no se debiera a su nivel de dificultad, distaba mucho de serlo. ¿Por qué me había dejado mi novia? ¿Por qué lo había hecho enviándome un WhatsApp en lugar de decírmelo a la cara? ¿Por qué había elegido a una tía para ponerme los cuernos en lugar de un tipo más fornido que yo o incluso un yogurín? No cabía ninguna duda de que el policía era un tipo paciente. Tampoco de que su curiosidad iba más allá que lo que le exigía su labor investigadora. De esto último sería consciente después una vez que, aislado en esa pequeña sala, fui recuperando el dominio de mis emociones.

Ese volver a ser yo mismo -dando por sentado que eso fue lo que ocurrió- me llevó un par de horas. Bien mirado, ciento veinte minutos eran un tiempo más que suficiente para haber encontrado

alguna pista que me iluminara sobre la posible respuesta, pero cuando el policía retornó a la sala donde me encontraba, pese a haberme estrujado el cerebro, seguía sin tener la menor idea de qué había guiado a Laura a hacer las maletas y largarse de la forma como lo había hecho. Así se lo transmití al policía. Lo hice con premura, superando la congoja que me invadía y temiendo que las lágrimas acabaran haciendo acto de presencia.

Cuando concluí mi pequeño relato noté cierta turbación en el rostro del agente. Revisé mentalmente la narración que acababa de hacerle y no encontré ningún detalle que pudiera haberla producido. No hice referencia a ello, pero un policía es un policía y no tardó en darse cuenta de que su expresión no me había pasado desapercibida. Rápidamente se disculpó. Me hizo ver que se había explicado mal y que su ¿por qué? no abarcaba a todos esos otros porqués que yo había creído entender. Era mucho más simple. Sencillamente, ¿por qué lo hizo?

Ante mi silencio creo que el policía temió que mi estado anímico retornara al que había mantenido hasta hacía unos minutos. ¿Por qué lo hizo?, volvió a preguntarme. Dudé si guardar silencio o reconvenirle, pues al fin y al cabo el policía era él. Ya iba a formularme la pregunta por tercera vez cuando opté por hablar, pero de manera que no se molestara. Cuando me escuchó decir que la pregunta debería realizársela a Laura estalló en una sonora carcajada. Definitivamente, -eso es lo que pensé- mi respuesta no le había gustado y mostraba su disgusto riéndose de mí.

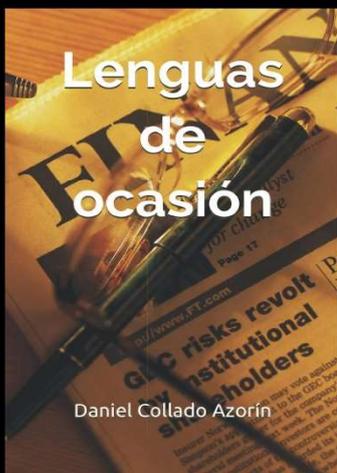
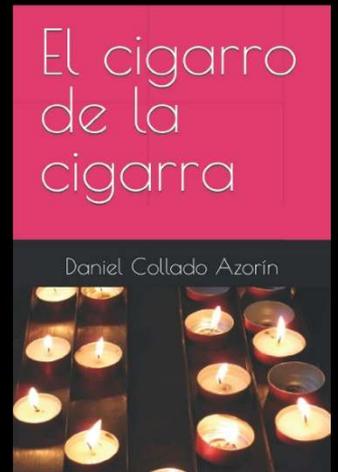
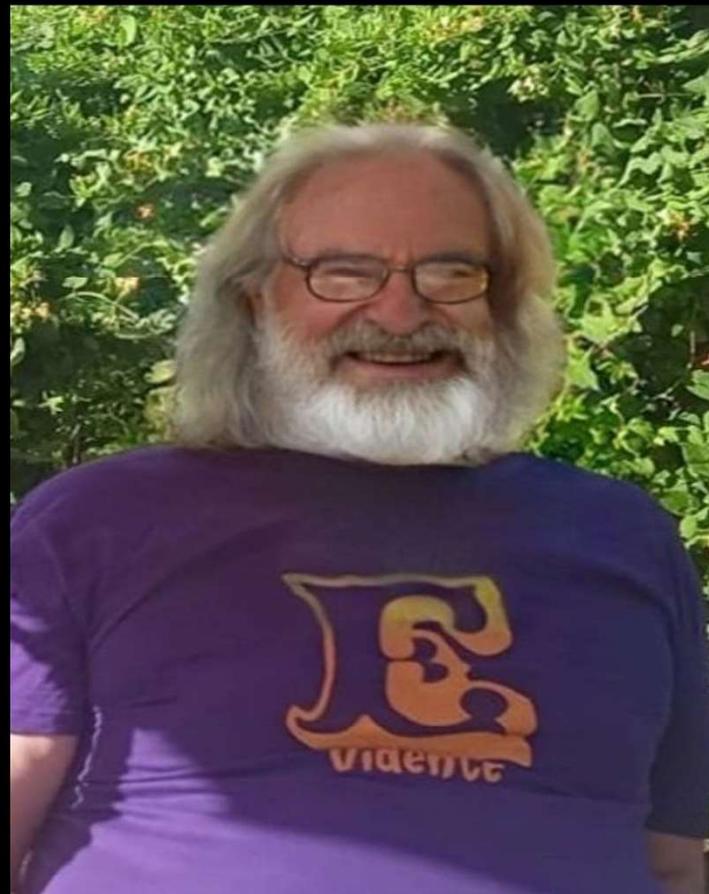
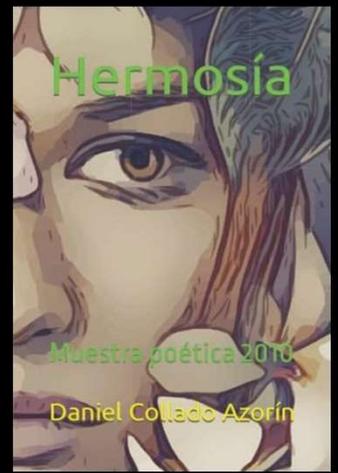
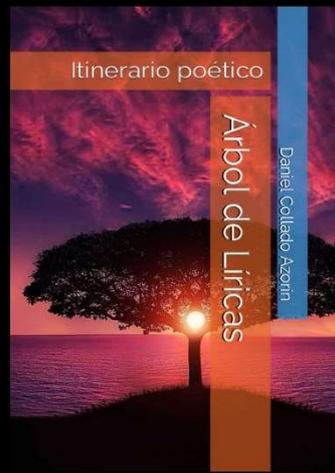
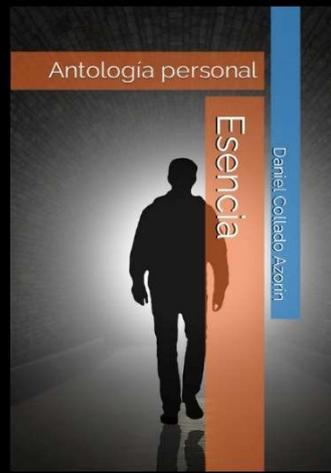
Reaccioné pidiéndole disculpas, pero no las aceptó. Quiero decir que dejó claro que no tenía por qué pedir las pues todo había sido un mal entendido, desde el principio hasta el final. Respiré aliviado y sin dejar de sonreír realizó de nuevo la pregunta utilizando, esta vez, todas las palabras que, según él mismo dijo, debería haber incluido la primera vez que la formuló: ¿por qué se ha pasado usted dos horas dando vueltas en el interior de la rotonda sin decidirse a abandonarla por ninguna de las salidas, incluso cuando un coche patrulla le ha instado a hacerlo tras las denuncias de un elevado número de conductores que vieron peligrar su seguridad cada vez que usted pasaba de un carril a otro sin utilizar, en ningún momento, las luces intermitentes?

Esa sí era una pregunta sencilla. Lástima que horas antes no la hubiera formulado en esos simples términos. Así se lo indiqué y acto seguido le ofrecí la respuesta: casualmente, al entrar en la rotonda me asaltaron una serie de preguntas para las que no fui capaz de encontrar respuesta. Me hubiera salido inmediatamente, pero siguiendo el consejo de Laura, mi psicoterapeuta, de no darme nunca por vencido, perseveraré y perseveraré intentando dar con ellas. Finalmente, el coche patrulla que me detuvo llegó antes de que pudiera encontrarlas.

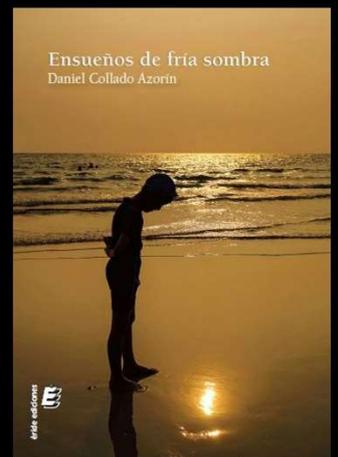
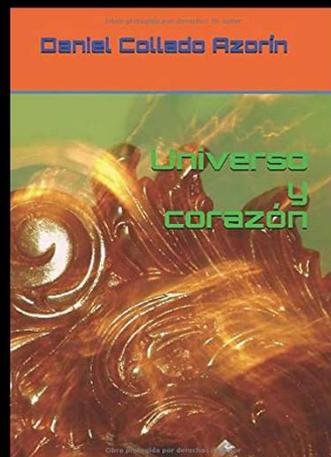
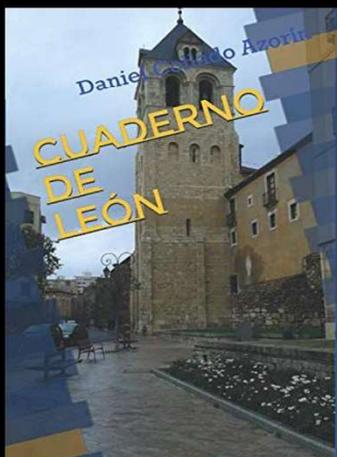
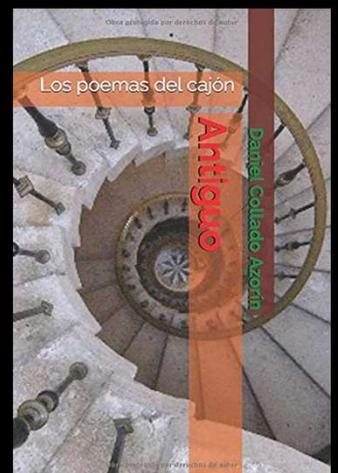
El policía pareció darse por satisfecho, pero antes de extenderme la declaración para su lectura y firma se atrevió a preguntar por esas cuestiones para las que, cuatro horas antes, no encontré respuesta. El tipo me había caído bien y no me importó reproducirlas en voz alta. Básicamente eran tres, le dije, ¿por qué me había dejado mi novia?, ¿por qué lo había hecho enviándome un WhatsApp en lugar de decírmelo a la cara? y ¿por qué había elegido a una tía para ponerme los cuernos en lugar de un tipo más fornido que yo o incluso un yogurín?

El policía, además de paciente, resultó ser educado. Cuando las escuchó agradeció que se las hubiera revelado pues, según dijo, eso le permitiría ir buscando las respuestas para el hipotético caso de que Laura, su Laura, decidiera un día seguir los pasos de Laura, mi Laura.

Eloy
Calvo
Pérez

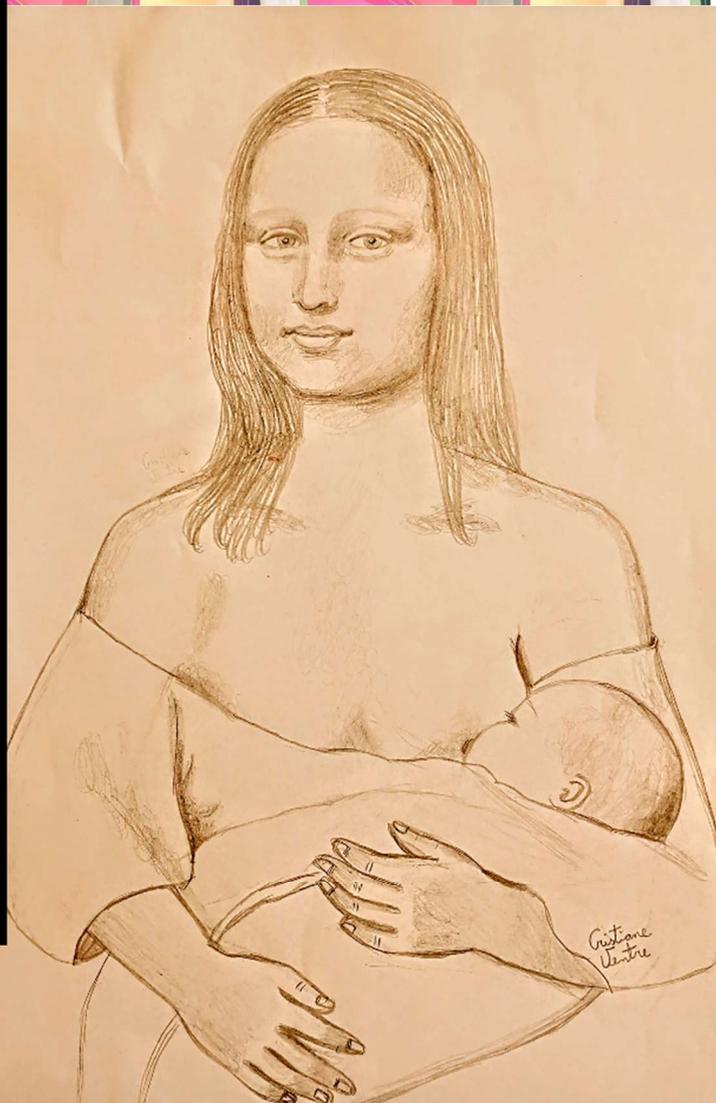
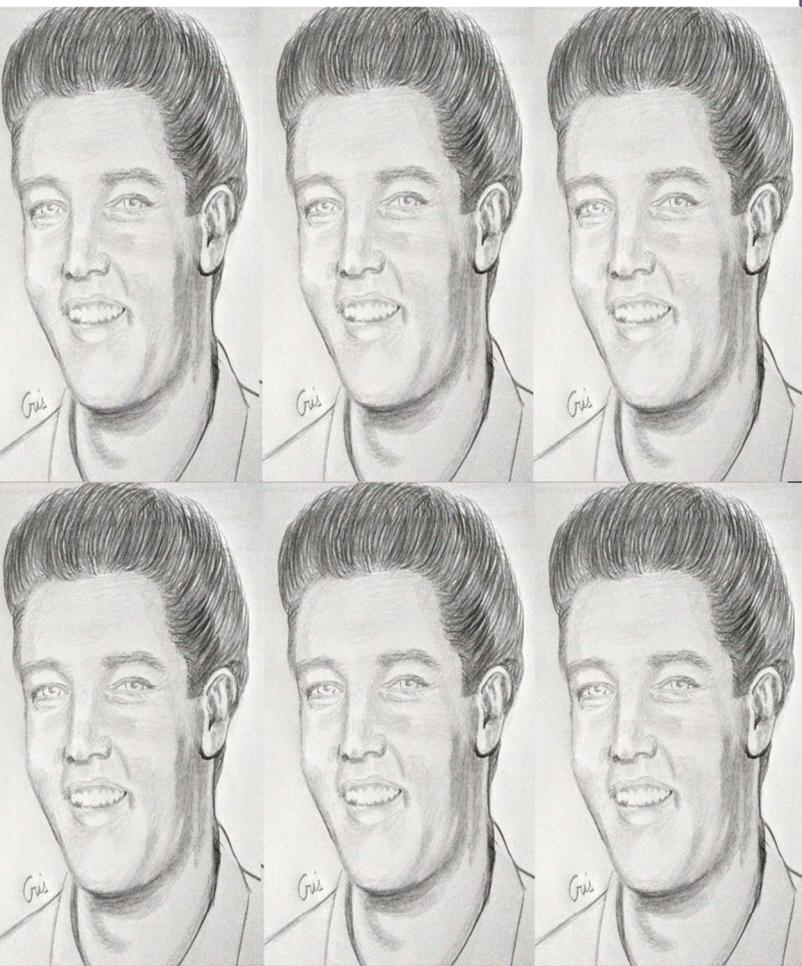
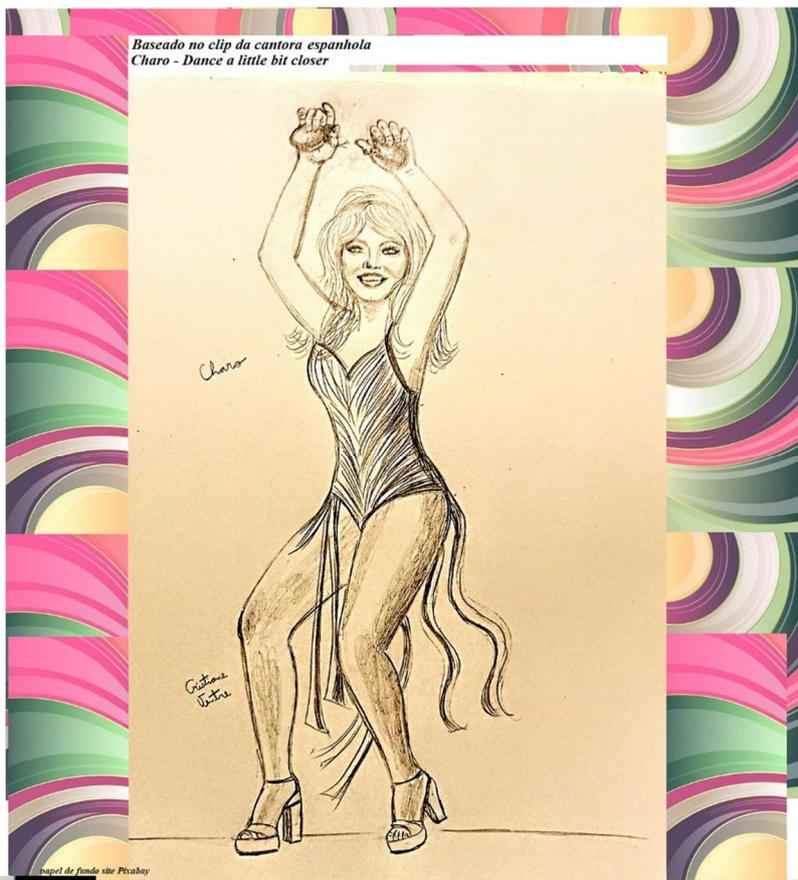


escritordaniel.es



El Rincón de Cristiane

Baseado no clip da cantora espanhola Charo - Dance a little bit closer



Nada

En la habitación el frío se sentía más intensamente a medida que pasaba cada segundo.

Postrado en su lecho final, Javier pensaba que, dada su inminente partida de este mundo, tal vez podría ser él en realidad el único en sentir ese aire gélido y mortuorio. Al menos eso había leído alguna vez. Eso le pasaba a los que estaban por emprender el último viaje.

- Parece que debe ser verdad, entonces - pensó, pero no lo pudo decir.

Lina seguía aferrando su mano con dulzura. él ya no la veía con claridad. Sin embargo, su imagen, aunque borrosa, le hacía su transición más tolerable. No quiso decirle que ya no podía verla bien. De cualquier forma, no se lo habría podido decir, no tenía la fuerza física para esbozar una palabra, ni la capacidad emocional para agregarle un nuevo motivo de tristeza al amor de su vida.

Lina trataba de demostrar entereza peleando encarnizadamente contra las lágrimas, sin saber que él no hubiera podido verlas de todos modos.

Así, sin hablar, ambos imaginaban por igual el dolor del otro. Sabían que se aproximaba el momento y que a partir de allí nada sería igual, nada.

De pronto, los ojos de Javier se cerraron parcialmente. Lina advirtió que ya no veían. No había ningún movimiento del pecho. Pensó que tal vez esto era lo que significaba la muerte. Consciente del viaje sin retorno que emprendía su compañero, dejó que su mano compasiva cerrara por completo los párpados de su querido Javier. Era el final.

Abatida por la derrota de la vida, Lina abrió la puerta para dejar entrar a los empleados de la compañía funeraria. Le fastidiaba hablar de los detalles que rodeaban a los eventos que se avecinaban, el velatorio, el entierro, realidades que le costaba aceptar. Se preparaba para confrontar las caras extrañas que supuestamente traerían alivio a su tormento. Algunas ya se habían hecho presentes.

Una vez que se fueron todos, Lina se quedó en la habitación vacía unos minutos. A pesar de intentarlo no podía entender lo que había pasado. Sentía una especie de adormecimiento en todo su cuerpo. Se preguntaba si podría haber hecho algo más. Se sentó en la cama y se permitió un momento para llorar.

Ya un poco más recompuesta, salió al jardín y caminó lenta pero resueltamente hasta el arce junto al que apenas dos días antes habían estado hablando, reviviendo el momento en que lo plantaron juntos casi mil siglos atrás. Lina recordaba cómo después de un rato, ambos, tácitamente, sabiendo que no era necesario expresarlo en palabras, habían resuelto dejar de viajar por los recuerdos de su tiempo juntos para quedarse de la mano en silencio junto al árbol que había sido testigo de su felicidad antes, y ahora lo era de su infinito dolor.

Ahora, sola junto a su querido arce, observaba las hojas amarillas que lo habían abandonado y se movían en el suelo desidiosas.

- Ahora son todas del viento - les dijo resignada.

Envidiaba la suerte de su árbol. Pasado el otoño y el invierno nuevas hojas lo llenarían otra vez de vida.

- Hojas nuevas que Javier ya no podrá ver - le admitió sollozando a la copa semi desnuda.

Bajó la cabeza, cerró los ojos y mientras dejaba las lágrimas escapar trató de imaginar cuánto tardaría en llegar esa ráfaga que, terminado el otoño de su propia vida, la llevaría para siempre, ya sin regreso de primavera. Levantando su vista hacia el arce, retomó el diálogo.

- Al menos a Javier la muerte lo encontró con vida - le dijo - Con esta pena a costas, dudo que a mí me pase lo mismo.

Dando por finalizada la conversación con su leñoso confesor, Lina respiró profundamente y se armó de paciencia para la despedida final.

Muy a su disgusto, toda esa parodia de pesadumbre y desconsuelo en la sala velatoria y en el cementerio le parecía una calamidad interminable.

- La única tristeza real es la mía - se decía a sí misma ante cada "sentido pésame" que escuchaba.

Palabras trilladas que sonaban como una limosna a la inmensa pena que apretaba su corazón. Para ella esa tribulación generalizada era una caricatura.

El entierro le partió el alma. Sintió que ese puñado de tierra arrojado a lo que sería la última morada de Javier era casi una traición. La despedida le pareció eterna, una siniestra prolongación de su agonía. Toda esa formalidad innecesaria terminó mucho después de lo que ella hubiera querido.

- No fue fácil, pero ya pasó - pensó antes de emprender el regreso a la casa.

Con educación, pero con firmeza rechazó los amables ofrecimientos de varios familiares y amigos que quisieron acompañarla.

- Tengo que acostumbrarme a estar sola - respondió en cada una de las oportunidades.

Llegar a la casa, sola, fue doloroso.

Abrió la puerta y sintió el inmenso vacío del lugar, tan profundo como el vacío infinito que la trituraba dentro de su ser. Entró a la habitación y se sentó en la cama. Con las cobijas aún desordenadas, veía la silueta de su compañero de toda la vida, esa imagen ausente de Javier, tomada de su mano, recostada.

Acarició una y otra vez esas sábanas hasta dejarse caer exhausta sobre ellas.

Sintió un aire gélido y mortuorio.

Nada sería igual, nada. ☹️



Carlos
Caprioli

Crimen perfecto

El cadáver estaba en la cocina. El inspector examinó concienzudamente la escena del crimen: el arma asesina (se había utilizado un cuchillo japonés de grandes dimensiones), el cuerpo de la víctima, huellas, el posible material genético del autor o autora, el móvil probable... Cuanto más examinaba la escena, más seguro estaba que el crimen se había perpetrado para comerse a la víctima. Su estómago se agitó de repente y lo vació en tres arcadas en el cubo de la basura. Se quedó sudando y tembloroso: la crueldad humana no tenía límites. Reflexionando sobre la manera en que se había cometido el crimen, intuyó unas pautas que le recordaron situaciones parecidas. Se podría tratar de asesinatos en serie, aunque se debería ser muy prudente en las conclusiones: habría que esperar a los resultados del laboratorio y la autopsia. Tomó una gran cantidad de fotos hasta que su madre le dijo que sacase, de una vez, el pavo de la cocina para celebrar la Nochebuena.



José Julio Palma

AL CERRAR LOS OJOS

Al cerrar los ojos
Vuelvo al interior de tus brazos
y me rodean
como si no
quisieran marcharse
nunca.
Vuelvo al interior de tus ojos
y cuando se clavan en mí,
sé lo que me quieren decir.
Me gustaría decirte

tantas cosas que
no sé ni por dónde empezar.
Pero quiero que sepas que,
lo que he encontrado en ti
no lo he encontrado
en nadie más.
Sé que eres tú.

**Nuria
Delgado**

Los aprendices de la oscuridad

Estaban de vacaciones, eran descocadas y estaban aburridas... Algo debían hacer para llenar esos largos días de verano. Apellidadas bajo el signo de una misma desinencia, las cinco amigas se habían dado cuenta, todas a la vez, que por sus venas corría sangre celta. Y como tributo quisieron recrear un viejo ritual de sus antepasados: el de las brujas. La abuela de una de ellas, inmigrante irlandesa, las alentó y aconsejó. Claro que el entorno sudamericano del siglo XXI no colaboraba para que los espíritus ancestrales del bosque acudieran a tan anacrónico llamado... No obstante el recelo a las criaturas de la noche, las chicas se internaron en el campo, encendieron una fogata, se desnudaron frente a la brisa de la madrugada y danzaron alrededor del pálido fuego en un novedoso aquelarre para aquellas tierras del nuevo mundo.

Estaban de vacaciones, eran descocados y estaban aburridos... Algo debían hacer para llenar esos largos días de enero. En un pueblito de provincias donde nunca sucedía nada, los cinco amigos se habían hecho aficionados a la ovniología. Y estaban convencidos de que si acampaban en el monte, aislados y bien despiertos, algo sobrenatural les sucedería en el transcurso de una sola noche. Todos conocían la historia de la abducción extraterrestre de un viejo vecino, y varios por allí contaban sobre luces extrañas en el cielo de la llanura pampeana cuyos movimientos, de una velocidad imposible, los señalaban como artilugios de otra realidad. Sacando coraje de sus cortas vidas, los chicos organizaron una expedición a ese último lugar del mundo donde la oscuridad todavía era total, el campo.

Se internaron en la negrura y no tardaron en divisar una débil luz que resplandecía en el claro de un bosquecito de eucaliptos. Se

miraron. Apagaron sus linternas y hacia allí se dirigieron los aventureros, con el corazón latiéndoles a mil y la ilusión de atestiguar lo misterioso. Pero lo que vieron los dejó más turulatos que si se hubieran topado con el mismísimo E.T.: sus compañeras de escuela bailaban en traje de Eva alrededor de una fogata, a las tres de la madrugada y en el medio de la nada... Las espionaron ocultos entre

unos matorrales, mientras las siluetas ensayaban cantos guturales con sus bellas voces, tal como la inmigrante les había enseñado. Y cuando uno de ellos sacó de su bolsillo el teléfono móvil para filmarlas, otro por señas lo obligó a que guardara el aparato. Sin pruebas del ritual. ¿Cómo justificarían, acaso, que ellos también estuvieran allí y a esa hora? ¿Quién les creería la historia de la búsqueda alienígena? Mejor no dejar rastros.

Estaban de vacaciones, eran descocados pero ya no estaban aburridos: eran cofrades de una experiencia única. Al amanecer, ojerosos pero transformados, los diez adolescentes regresaron a sus hogares decididos (y decididas) a guardar para siempre el secreto de esa noche.

Maximiliano Sacristán



MI OTRO YO

He pintado mis uñas de rojo
como los latidos de mi corazón,
como la sangre que corre por mis
venas,
como el aire ardiente del desierto.

Me siento extraña con ellas
y las miro con asombro
mientras los dedos parecen bailar
al compás de una extraña música.
A veces pienso que, tal vez,
son las manos de mi otro yo.

Pilar Pérez Viñuales



Unas manzanas y una pluma

Aromas de salitre, de pinos centenarios, de
cráteres volcánicos, mancillaban las cortinas
de la habitación.

Colocó, ella, las pantuflas acolchadas en el
suelo, en uno de los bordes de la alfombra,

muy cerca de la cama. Luego, con gestos
pausados, como era su costumbre, se recostó.
Sus ojos me dijeron que desnudara su
naturaleza sin artificios ni convenciones. Lo
hice con cuidado y sin pudor, una sensación
mezcla de alivio y tranquilidad untada en
cada dedo. Dejé la ropa en la silla, en uno de
los extremos de la habitación, y volví a la
escena. Me invitó a probar su aliento entre
gemidos de campanas.

Al rato del éxtasis me dispuse a salir. “¿A
dónde vas?”, murmuró temiendo el
abandono. “A la cocina, por manzanas”,
respondí. Entonces se guindó de mi cuello con
sonrisa seductora y acercando a uno de mis
oídos sus labios somnolientos, me advirtió:
“Que no se te olvide la pluma”, dijo. Regresé
de la cocina. El rito, de nuevo... Al cabo de
gloriosos minutos, nuestros cuerpos de fuego
enredados, cosidos y enmarañados encima y
debajo, exclamaron, el uno acoplado en el
otro y viceversa:

“¡supercalifragilísticoespialidoso!”.

Esa noche, ambos soñamos con un barco. La
infancia había decidido acompañar al viento y
colarse también entre las rendijas del
ventanal.

José R. Simón



El hombre que llegó del sur

Serían las diez de la noche, tal vez las once, no más. Lo sé porque el comisario no se había acercado a recoger lo suyo, y él solía hacerlo sin falta cerca de la medianoche. El boliche estaba ubicado en Barracas al sur y era bien conocido. Tenía un billar, cinco o seis mesas y una extensa barra de madera lustrada, al estilo inglés. Lo regenteaba un gringo largo y morrudo, del tipo de los que se ven por montones en el campo, receloso y callado.

Yo venía de una buena racha: cinco de siete al truco más algún vueltito en los dados, y el tiempo muerto entre barajas lo desandaba a manos de una ginebra. Por la noche, el bar era lo único iluminado en las cuatro esquinas, y eso atraía a los curiosos. En la mesa contigua a la nuestra, cuatro locuaces jugadores orejeaban las cartas con disimulo. Bastaba oírlos y observar sus gestos para adivinar quién se iría a deschavar primero por haber ligado sobrado.

Sobre la calle Hornos se encontraba la puerta principal, a dos hojas, de madera y vidrio; en el otro pasaje había una segunda puerta, angosta, como de servicio, cubierta por un cortinado. De allí vimos aparecer al fulano. Algún magnetismo habría en él, porque todos giramos a verlo. Se acercó sorteando mesas hasta alcanzar el mostrador y ponerse cara a cara con el dueño. No llevaba pinta de maula ni de pependenciero, sino de fingir posición. Vestía pantalón a la francesa con un vivo rojo, anillo generoso en el meñique, pañuelito al cuello y los zapatos bien lustrados. Pidió una caña y preguntó por mí. Decía venir del sur... Lanús o alguna otra barriada. Dijo, además, tener una deuda por cobrar.

El dueño, receloso de su yeite, intentó frenarlo, pero yo me anticipé:

—Déjalo, nomás, Armando, que desembuche cual entrevero lo trae desde tan lejos. No necesitó hablar demasiado, pues todo lo decía con la mirada, que cargaba un brillo afilado. Por entablar conversación mencionó al finado Rojas, un lío de apuestas y mentó un hecho de sangre. Se atrevió, incluso, a sugerir una traición. Al finiquitar su soliloquio, preguntó otra vez por mí. Yo, que ya estaba maliciándolo, me descubrí buscando la vaina en mi cintura, pero el fulano demostró ser de ley y, tras pagar su caña, se sentó a esperar sin mayor alharaca.

Regresé al juego y a la ginebra mientras sopesaba la situación. Recién al finalizar la partida, y como quien no quiere la cosa, solté la fatal pregunta:

—¿Y qué tiene usted que ver con Rojas, si se puede saber?

—Era hijo de mi padre —me respondió.

No hizo falta agregar nada y ahí nomás le hice un gesto, al que respondió enseguida. Ningún orillero desconoce el sacro valor del recinto consagrado al juego ni el respeto debido al dueño de casa, por eso nos bastó una simple mirada para ponernos de acuerdo. Me agenció del íntimo cuchillo y encaramos hacia la cortada.

Afuera, el viento rioplatense soplaba con vehemencia desde comienzos de la tarde, y arrastraba consigo polvo, calor agobiante y promesa de tormenta. La noche era húmeda y caminamos en silencio hacia nuestro destino frente al viejo almacén.

No demoró en formarse una ronda, de la que quedamos en el centro. Livianos y concentrados, nos contemplamos bajo la luz mortecina de un farol. Con un brazo en la guardia y otro en el ataque, medimos nuestro coraje mientras la muerte se reflejaba en destellos sobre la hoja de los cuchillos. El sureño atacó primero, y en dos movimientos demostró su valía. Había resultado bueno con el filo y lanzaba estocadas como quien desconoce el cansancio, carente de ira, pero decidido. Yo, que acostumbraba a vistear desde mozo, lo fui dejando hacer, y nomás porque quise, lo esquivé sin contestarle. Apenas cuando el fulano develó su juego, me digné a avanzar. Mi primera arremetida fue certera y le pasó cerca del garguero. Aquello, creo, lo sorprendió, porque en mi siguiente ataque lo alcance en una de sus manos, la derecha, que le sangraba malamente. Después ambos reulamos, buscando cambiar el aire y organizar las ideas. Siempre enjutos, absortos y vigilantes.

A la herida y a la sangre, le siguió un lento rodeo al resplandor lejano de la luna. Rodeo con algo de felinos, algo de pumas y de yaguetés. Rodeo de espera y de intriga. Alguien gritó a lo lejos, más no fuera para exorcizar el miedo, y no cantó un gallo que ya éramos de nuevo dos hombres abroquelados en lucha, con los cuerpos danzando en cada embestida. Por un momento todo fue confuso y pensé que cualquier cosa podía pasar.

Nadie, empero, se atrevió a intervenir.

En medio del forcejeo su filo me buscó el rostro, pero me amañé para eludirlo y tan solo arrancó mi pañuelo del cuello. Ver caer el lienzo al suelo me perturbó, y tal distracción pudo haber sido mi última, porque inmediatamente después, vi el brillo del cuchillo resplandecer bajo la luz de la luna. Y ahí nomás la puñalada. Doblé el brazo derecho intentando detenerlo, pero fue en vano. Más temprano que tarde noté al frío del acero ganar terreno en mi costado y a la sangre brotar furiosa. De puro instinto tiré el puntazo. Más reflejo que destreza, más instinto que razón.

Y eso fue lo último. Luego todo se volvió negro.

II

Los clientes aun me llaman gringo y todavía algún otario insiste en decirme “Don”, a pesar de haber nacido y vivido siempre aquí y de que *Don Armando* hubo solo uno y fue mi padre. Yo soy “Armando”, a secas, y no llevo más mérito que el de mantener abierta esta vieja pulpería que ellos inauguraron y que hoy ha devenido en... bueno, en otra cosa.

Llevo muchos años detrás del mostrador, y si algo me han enseñado, es que este es un negocio que debe manejarse con la rienda corta. Gracias a Dios me considero un hombre sencillo y me bastan unas pocas palabras para discernir entre quienes vienen

a causar problemas de los que solo buscan dónde despuntar el vicio. Nunca he sido de andar proscribiendo a nadie por las fachas, pero no reniego de los recaudos que he tomado, especialmente en el bar, donde vienen y van personajes de toda ralea. Por aquí han desfilado eximios jugadores que se retiraron invictos y chantas de vodevil que no han hecho sino pasar vergüenza. Y eso sin mencionar a los palurdos de bolsillos llenos ni a los secos que, de puro tozudos y chamuyeros, han dado cátedra con distinción. En fin, que hubo para todos y tupido.

De ellos, el más notable sin duda es Juan Celedonio Pacheco. Un caballero de fama módica que supo forjarse un nombre en el barrio. Y a pesar de que las opiniones sobre él se dividan entre quienes lo consideran un jugador de raza y los que piensan que solo es un truhan y un timbero mañoso, yo aun sostengo que es un varón de estirpe, de esos que ya no quedan.

Pacheco aprendió el oficio de purrete, entre maulas y tahúres; cumpliendo pequeños encargos como mandadero para los señores de la época. Poco a poco fue conociendo los entreveros del juego y demostró facilidad para los dados y el hipódromo; sin embargo, lo suyo, su especialidad, son los naipes, la baraja, por ello nunca le fue fácil encontrar juego en el barrio. Incluso aquí, en el almacén, pocos se animan a enfrentarlo. No por nada desde parajes tan alejados como Flores o Balvanera, llegan fulanos queriendo desafiarlo, como quien busca notoriedad.

Nada se considera más sagrado en nuestro oficio que el honor entre los *players*, y conservar ese honor implica llevar las cuentas claras. Este precepto, largamente compartido por los jugadores, no sabe de excepciones ni de evasivas, y me enorgullece decir que nadie se ha ido nunca del bar sin honrar sus compromisos ni pagar lo que en justa ley debía.

Bueno, casi nadie.

Rojas era un gaucho cabrero y huraño con una marcada predilección por los lupanares y el juego. Lo apodaban *el lujanero* porque dirigía una chacrita entre Giles y Luján de la que solía ufanarse, pero en realidad era oriundo de otros arrabales más sureños. Allí donde Rojas ponía un pie, los paisanos comenzaban a evitarlo, pues era conocida su fama de hosco y mal pagador. En el almacén lo descubrimos una tarde de enero, pesada y húmeda, como lo son la mayoría de las tardes de verano en la ciudad.

La estancia de Rojas en el bar se divide en dos etapas. Un comienzo cauteloso donde jugaba poco y no se permitía grandes alardes y una segunda mitad totalmente opuesta, llamativa y fanfarrona. Durante sus primeros días, Rojas acostumbraba a llegar al almacén por la tarde, pedir una caña y sentarse a beber en silencio. No conversaba con nadie ni levantaba el perfil. Luego, con el correr de los meses, se transformó en una persona más sociable y mostró un novedoso interés por el juego. Comenzó a sumarse a las partidas vespertinas —o *de reserva*, como las llaman los habitués—, y pasaba horas conversando tanto con compañeros como con

adversarios. En ese tiempo, Rojas perdía más de lo que ganaba, sin embargo, fue cambiando su actitud de pasiva a otra más desafiante. Elegía en que momentos soltar la lengua y cuando utilizar palabras filosas para desestabilizar a los rivales. Fue, además, aumentando el ritmo y el monto de sus apuestas y echaba mano a todo tipo de artilugios con tal de desconcentrar a sus adversarios. Este nuevo matiz, más compadrito y aguerrido, sumado al ardid de mostrar un lado desenfocado primero, y tornarse un contrincante dúctil y avezado después, resultó beneficioso para los planes de Rojas, ya que indefectiblemente todos sus competidores cayeron en su embuste. Para el momento en que se hizo evidente su estrategia, el gaucho ya los había esquilmado grande y parejo.

Solo Pacheco nunca aceptó enfrentarse con él.

La tarde de la tragedia, Rojas llegó al local portando un fajo grande de billetes que, según dijo, obtuvo al ganar un festival de doma en Morón. El lujanero se mostraba exultante y ofrecía bebidas a quien quisiera oírlo explayarse sobre las ventajas de la doma a pelo y su destreza como jinete. Cuanto más repetía la anécdota, más bebía y tanto más grande describía su hazaña. No creo mentir si aseguro que aquella tarde el gaucho retó y apostó contra todos los clientes del bar. Finalmente, sobre la hora de cierre, sucedió lo inevitable. Rojas de pie en el centro del salón, desafió a Pacheco a una última partida, la única que le faltaba. La única que realmente le importaba. *Un partido de hombres*, lo llamó. Ofrecía un desafío a todo o nada donde el gaucho ponía en juego su fajo de billetes contra lo que fuera que el otro tuviese en la bolsa. No era el dinero lo que le interesaba, sino el orgullo.

La oferta, tentadora y siniestra, era imposible de rechazar para cualquier jugador que se precie, y eso era algo con lo que Rojas contaba; y aunque inicialmente Pacheco se mostró dubitativo y estuvo cerca de declinar la oferta, luego, empujado quizás por las provocaciones o por la presión del resto del salón, aceptó el encuentro.

La partida en sí fue más reñida que elegante y ofreció poco para destacar. Dientes apretados y rencores antiguos sobrevolaban el juego y no permitieron que los contrincantes se floreasen demasiado. Resultó ser un encuentro opaco y cerrado casi hasta el final. Un juego, como quien dice, *de hacha y tiza*.

Rojas jugaba de forma sensata, como si no hubiese bebido, y parecía conocer de antemano las intenciones de su rival; Juan Pacheco en tanto, permanecía sereno sin perderle pisada en el tanteador. La sensación general era la de una partida extensa con final incierto. Sin embargo, el azar, ese retorcido compañero que disfruta de los desenlaces inesperados, tenía reservada una última ironía. Durante la mano definitiva —y la única dónde los contrincantes pudieron enarbolar una jugada de envites y réplicas—, Pacheco obtuvo del mazo dos naipes tan determinantes como simbólicos. Un ancho y un siete de espadas. No fueron otros los naipes que recibió, ni tampoco otros los palos, sino precisamente aquellos. El uno y el siete de espadas. *La desgracia y el puñal*.

Una señal semejante debió alertar mis sentidos, pero tan embebidos estábamos en el juego que todos resultamos ciegos a la evidencia. Esta ocasión dejó la partida a merced de Pacheco, quien esbozó una sonrisa cuando dejó caer sobre la mesa —no sin cierto desprecio—, el naipe con dibujo de daga que sellaba el final de la partida. Rojas acarreaba desde siempre una fama que no resultó infundada, pues rápidamente rechazó el desenlace y el resultado. Comenzó a dar vueltas entre las mesas denunciando un complot en su contra y lanzando severas amenazas e improperios. Acusó a Pacheco de fullero y sinvergüenza, de utilizar naipes marcados y tener de cómplices al resto de los presentes. Se rehusó a pagar y exigió llevar a cabo una nueva partida con otros naipes en algún sitio neutral. Indignado, incluso mencionó ir en búsqueda de la policía. Pacheco no se dejó amedrentar y demandó cubrir con lo apostado. El lujanero nuevamente se negó, y entre botellas que volaban y amenazas varias, reapareció en el recinto el fatal brillo de los cuchillos al ser desenvainados.

En medio del tumulto, alguien sugirió zanjar la afrenta al estilo Fierro, con puñales, a la vieja usanza criolla. Ambos involucrados estuvieron de acuerdo y se pactó un duelo a primera sangre. Limpio y rápido, con el único fin de lavar injurias. El escenario elegido fue una vieja pulpería abandonada que era, a su vez, despacho de bebidas y encubierto reñidero. No nos separaban de allí más que un puñado de cuadras que los duelistas salvaron a pie murmurándose provocaciones, tal vez para darse valor. Rojas portaba su verijero entre la faja y el cinturón, en tanto que Pacheco llevaba un puñal cruzado a la cintura por detrás. De lejos los veíamos desafiarse, aunque ignoro de quién partió la provocación última, si es que la hubo, porque al alcanzar la orilla del río nos dieron la espalda, entregándose a lo suyo. Rojas demostró ser ligero como vizcacha fugada, y parecía disfrutar del envite, mientras el otro acuñaba un perfil más serio y dosificaba sus estocadas esporádicamente. El lujanero respondía cada ataque de Pacheco con provocaciones, danzando elegante, sobre la tierra húmeda de la ribera y con su media sonrisa dibujada en el rostro. A Pacheco no le entraban las balas y mantenía su actitud imperturbable. En uno de aquellos embates, Celedonio alcanzó a propinarle al gaucho un *planazo* entre las cejas utilizando la base de su puñal, quizás en un intento de finalizar la riña sin derramar sangre. Esto, que puede tomarse como un gesto de soberbia, no hizo más que desatar la ira de Rojas, quien, tocado en su orgullo, dejó atrás la elegancia y se volcó a repartir golpes cual caballo desbocado. A medida que el pleito avanzaba, el alcohol y el cansancio parecían enturbiar la razón del lujanero, que ahora recurría a ataques arteros, sin rigor, pero con encarnizamiento.

Tal vez fuera a causa de encono, al estrépito de la contienda, o incluso al furor del momento, pero un enceguedor empecinamiento se adueñó de los duelistas, que ahora no sabían o tal vez no querían detenerse.

Lejos había quedado el duelo a primera sangre, y la disputa mudó a una batalla feroz, una pelea de pasos rápidos en la que tanto Pacheco como Rojas daban constantemente el frente a la punta del cuchillo enemigo. Ninguno se detenía, ni siquiera cuando la sangre de sus heridas marcaba con lamparones rojos la tierra a su alrededor.

Rojas se descubrió ante nosotros como un notable peleador, mas Pacheco era visteador de años y sabía manejar los tiempos del combate sin apurar su desenlace. Los testigos dirán que la pelea fue cruenta y sanguinaria, pero en realidad fue un duelo a suerte y verdad entre dos criollos de ley.

Hacia el final, y en medio de una lluvia de sangre compartida, el lujanero sucumbió sobre el terreno con dos heridas cortantes y profundas. La primera en el hombro izquierdo y la restante en el corazón.

Recuerdo que alguien fue en busca de un policía mientras Pacheco ofrecía sus respetos al cadáver para perderse luego entre los suburbios.

Rojas había fenecido, es cierto, pero en su muerte se ganó el respeto que no mereció en vida.

III

Desperté mareado y con el ardor de la herida quemando mi costado. El viento, que soplaba desde el río, sacudía con fuerza árboles y farolas. En el océano negro del cielo, solo un puñado de estrellas interrumpían la monotonía iluminando fugazmente el adoquinado a mi alrededor. Era una noche ajena y extraña, que recargaba el ambiente con la humedad de su perfume.

Finalmente fue el vozarrón gringo de Armando lo que me arrancó del sopor.

—Va a tener que rajarse, Pacheco, antes de que aparezca el vigilante —dijo, mientras una docena de ojos observaban a la distancia.

—Juan Pacheco no es varón de andar huyendo —respondí ofendido.

—No sea otario. Una cosa es que la cana permita el juego y otra muy distinta es que se despachen fulanos bajo su guardia. ¿Usted lo recuerda a *Pajarito*?

—¿El cafishio aquel del piringundín de Palermo?

—Ese mismo. Recién nomás me aseguró que el finado que yace aquí a su lado es *quia* de los hermanos Arévalo, y usted sabe, Pacheco, que los Arévalo no son gente de andarse con chiquitas. Hágame caso, y hágase humo. Desaparezca por un tiempo.

Amagué con esbozar una queja, pero me contuve. El gringo llevaba razón y sabía validarla con su mirada torva.

No me lo hice repetir de nuevo. Recogí mi pañuelo, lo anudé al cuello, y comencé a patear la calle, vacilante. No tenía en claro hacia dónde dirigirme y enfilé para el suburbio de los corrales. Había comenzado a llover y el agua reflejaba formas siniestras bajo la amarillenta luz de los faroles. La herida me quemaba el costado y limitaba mi andar, desconozco si sangraba poco o mucho, porque la lluvia se

mezclaba con la sangre y resultaba difícil distinguir la una de la otra. Caminé unos pasos y me detuve, el agua me corría por la cara y vencía el ala del chambergo. Volví la mirada, pero ya todos se habían dispersado, era esperable, nadie busca quedar *pegado* a una deuda de sangre ajena. Tan solo un anacrónico Armando permanecía de pie junto al almacén.

Corrí unos metros y decidí guarecerme, no sé si fue un trueno o el efecto de la borrasca en la oscuridad, pero escuché una voz que decía "*¡seguilo, seguilo!*", y luego ruido de pasos que susurraban peligro. Aquello empujó mi andar de forma incierta. Me recriminé la zoncera de avanzar por calles iluminadas que facilitaran mi rastro, y procuré desorientar a mis perseguidores girando en las siguientes esquinas hasta dar con el puente de los suspiros. Llovía lentamente, pero con persistencia, como si la tormenta se tomase su tiempo para inundar la ciudad bajo mis pies. Pronto estuve transitando callejones desconocidos, enmarañados por malezas y pastizales, villerios de madera y chapas de zinc. Innumerables callejas cortadas aquí y allá por pantanos y lodazales. Eran parajes antiguos, casi virginales, como si ningún ser vivo hubiese caminado jamás por ellos. Avanzaba firme, saltando charcos, cuando me encontré frente a frente con la vieja penitenciaría. Me sorprendió mi ritmo, pues había llegado lejos, y ya pisaba tierras sureñas. El presidio fue siempre un paraje lúgubre y desencantado. Bajo sus dominios, sentí multitud de ojos negros y sin rostro observarme a la distancia. Un hálito de languidez y tragedia se desprendía de aquellos tapias aciagos; seguí. Pisé ladrillo y barro; seguí. Orillé los muros de piedra y torcí mis pasos. Finalmente deje atrás la prisión a través de un recodo cubierto por tupidos montes de espinillos y cardales. No había señales de los hermanos Arévalo. Tampoco de la policía. La ciudad toda daba la impresión de estar desierta. Contuve un grito de dolor cuando mi herida malsana clamó por atención y descanso, pues ardía más que una doble quemada de las que sirve Don Armando. Bajo una ochava detuve mis pasos y acusé recibo de mi estado. Las cornisas dispersaban hilos de agua a mi alrededor mientras yo sujetaba la herida y corría hacia la siguiente esquina. Comprendí que no me hallaba lejos de la casa de mis padres, y una olvidada nostalgia de infancia forzó mis pies al sitio donde otrora había sido feliz.

En la soledad de aquella noche improbable, vagamente se escuchaba un tango lejano cuyo bandoneón prolongaba su lamento entre el transcurso del viento. Avancé raudo por una calle de casas humildes, como elevado, más alto que las tapias amarillentas o grises, y no demore en estar otra vez delante de mis recuerdos de niño. La casa seguía dando la impresión de aseo y de pobreza que yo aún recordaba, como también de alguna orgullosa dignidad austera. Era tarde y entré sin hacer ruido.

En medio de las sombras, y alumbrado por una lámpara a kerosene, mi viejo cebaba mate ataviado en una camiseta blanca. No nos habíamos visto en años, más una mirada fue nuestro único saludo. Me contempló un instante, deteniéndose en la

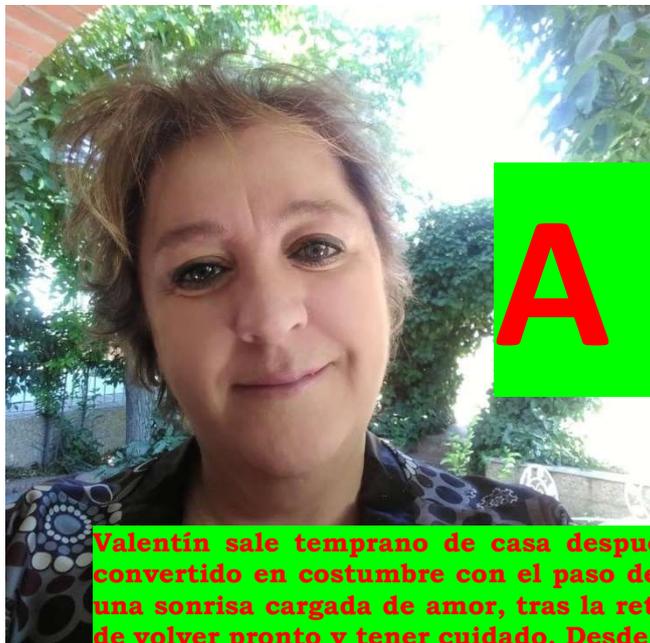
herida. Luego torció la cabeza y volvió a lo suyo. No hubo un solo reproche. No hizo falta, prefirió la indiferencia. Sus únicas palabras fueron: "no despiertes a tu madre". En la piecita contigua a la cocina, la viejita dormía. Restos tenues de luz provenientes del comedor mitigaban las sombras del cuarto, dibujando su silueta sobre la cama. Todo en la habitación era como lo recordaba: El viejo ropero de madera, los cortinados azules sobre la ventana, la pila de libros desvencijados en la mesa de luz. Parecía que el tiempo se hubiese detenido. Regresaba finalmente a casa y volvía a ver a mi madre, aunque fuera solo un instante. ¡Qué tranquila descansaba! La veía incluso más bella de lo que recordaba, con el rostro sereno y las manos cansadas. Tenerla tan cerca me movilizó y no pude resistirme. Desoyendo la advertencia de mi padre me lancé a abrazarla, necesitaba tocarla, apreciarla. Sin embargo, cuando ya me encontraba a centímetros de ella, rozando, casi, su piel y a punto de alcanzarla, sentí como una fuerza abrumadora me impulsaba hacia atrás, e inmediatamente después, el efecto del frío metal que me atravesaba junto a la ardiente impetuosidad de la sangre huyendo de mi ser.

Y después simplemente el silencio. El silencio y la absoluta paz.

Con los ojos inertes y la daga enterrada hasta el mango, vi por última vez mi pañuelo en el suelo, y vi también al viejo Armando, que corría hacia mí en un grito contenido. Desde el sur, alguien había llegado a empujarme la muerte en el pecho, y ahora, sobre los adoquines mojados por la lluvia, me desangraba frente al viejo almacén.

Pablo Velázquez





A 1,50

Mapache

Valentín sale temprano de casa después de besar a su esposa en la frente. Gesto que ha convertido en costumbre con el paso de los años. La misma que la de ella de despedirle con una sonrisa cargada de amor, tras la retahíla de prevenciones, que él rubrica con la promesa de volver pronto y tener cuidado. Desde que le jubilaron es él quien se encarga de la compra y los quehaceres de la casa.

Viven en unos de esos pisos interiores, de techos altos y renta antigua. Espera el ascensor donde coincide con sus vecinos; una familia numerosa de cuatro hijos que llenan de gritos y carreras el rellano. Valentín siempre lleva caramelos en el bolsillo para repartirlos entre los más pequeños, con la consiguiente algarabía por el regalo.

Tienen que bajar por tandas debido al reducido tamaño del cubículo que habilitaron en el angosto hueco de la escalera para dar autonomía a los inquilinos que, imposibilitados por las limitaciones de la edad, se veían obligados a una vida de presidio en sus propias viviendas.

Valentín baja en último lugar, total, no tiene prisa.

Ya fuera del portal, su primera parada es en la cafetería de su amigo Paco, donde habitúa a tomar ese primer café que le activa la mañana. Ha decidido que cuando termine de sus obligaciones, comprará unos churros y los subirá a casa para desayunar junto a Mercedes, su mujer, que habrá preparado un oloroso chocolate caliente y disfrutarán del extra del día, quizás en silencio porque después de medio siglo de convivencia las conversaciones se agotan, pero sin duda disfrutarán el uno de la compañía del otro. Y si todo sale según lo previsto, hoy Valentín sorprenderá a su esposa con un regalo especial por ser el día de los enamorados.

En primer lugar, visita la plaza de abastos, donde le gusta recrearse en los puestos y curiosear con la mirada los productos, mientras tira de su carrito de tela a cuadros azules y marrones ya raspado por el uso. Se detiene ante el puesto en el que más personas esperan ser atendidas. Se mezcla entre ellas y mientras ojea el producto y el empleado de la carne, de la verdura o el de los frutos secos..., atiende a otra persona, de manera hábil y rápida para sus dedos artríticos, se le cae alguna que otra cosilla dentro del carro de la compra. Terminada la maniobra asegura, sin que nadie le haya preguntado, que no encuentra lo que desea y con la misma sonrisa con la que acercó al puesto, se marcha del modo más natural que le permite su mala conciencia.

No se considera un ladrón y no se siente nada orgullo de lo que hace. Sabe que haría mucho daño a su mujer si llegase a enterarse de lo que se ve obligado a hacer para poder llegar a fin de mes, después de toda una vida de esfuerzo y sacrificio. Son demasiados gastos para una pensión tan ridícula como la suya, por eso lo esconde como el mayor oscuro de los secretos.

Sale del mercado de San Agustín y antes de entrar en el supermercado que hay al otro lado de la calle, compra un cartucho de almendras garrapiñadas en el puesto ambulante que lleva años despachando tan olorosa golosina en la esquina del desaparecido cine Olympia.

Intenta comer alguna almendra, pero le es imposible, por lo que se resigna a chuparla y culpa a la vejez de que sus dientes ya no son lo que eran.

Llega al super donde recorre con parsimonia los pasillos y de manera nada accidental caen en el carro: un pack de yogures con fibra; un paquete de pan de molde y otro de magdalenas rellenas de chocolate; un bote de café descafeinado y un litro de leche desnatada Puleva; varios paquetes de salchichas de jamón y unas natillas con galleta, que últimamente tienen mucho éxito entre su clientela.

Repite que no ha encontrado lo que buscaba al pasar ante la cajera que ni siquiera le escucha mientras; pasa productos por el escáner, pregunta a la clientela si quiere bolsa y da la vuelta a una anciana que ralentiza la cola al guardar cada moneda en un departamento de la cartera.

El carrito ya le pesa, por lo que decide que es hora de descargarlo antes de volver al ataque. Con paso lento tira de su compra y callejea por las vías más concurridas para camuflarse entre la gente, ante la posibilidad de haber sido descubierto. Con un pellizco en la boca del estómago y sintiéndose observado por todo aquel que se cruza con él, desemboca en la plaza que acostumbra a vender sus productos. Va directo al banco situado tras el quiosco de prensa. Es su escondite favorito.

Entre las personas que utilizan sus servicios ya es conocido y no tardarán en aparecer los clientes. Valentín sujeta el carro con su mercancía. Es consciente de que en él guarda la posibilidad de obtener el dinero suficiente para poder comprar a su Merche los pendientes de bisutería que ya tiene elegidos en la tienda de artículos de regalo que hace esquina a su casa. Se regodea al pensar en la cara que va a poner su esposa cuando se los dé. La ilusión de un enamorado chisporrotea en sus lagrimosos ojos surcados por infinidad de arrugas que el tiempo a plegado a su antojo.

Cuando una posible clienta se asoma a su carro a olisquear lo que sabe que esconde, le informa que todo está a 1,50. Le cuenta que las magdalenas son del día y la leche está enriquecida con calcio, la fruta fresquísima y la carne de primera calidad. Todo a 1,50. ¡Más barato imposible! En menos de una hora ya ha vendido todo el carro. Necesita más mercancía. La estrategia se repite, solo que ahora el lugar de acción es diferente. No puede caer en la estupidez de acudir a la misma tienda en un mismo día, ni siquiera del mismo barrio, por lo que camina con el paso que le permite la artrosis hacia su nuevo abastecimiento; la perfumería *Ana Pilar*, un *Covirán* y un *Carrefour Express* en el que el vigilante de seguridad le detiene antes de que consiga salir del establecimiento con su mercancía.

Mercedes, su mujer, le espera ansiosa. Hoy es el santo de su amado esposo y para ello ha vestido la mesa con el mejor de los ajuares: el mantel de lino, al que le resulta imposible borrar unas manchas amarillas que no sabe de qué le han podido salir, con las servilletas a juego; la cubertería de acero inoxidable, con los vasos altos de cristal decorados con ramitas verdes que le regalaron en el banco cuando abrieron el fondo de pensiones y los platos transparentes de Duralux, que formaban parte de su ajuar de boda y que aún resisten al paso del tiempo. Para darle un toque más romántico ha adornado la mesa con velas y un centro de flores que ha colocado entre los platos. La mujer piensa que la ocasión lo merece. Hoy no es día de comer directamente de los tápers que gracias a la trabajadora social reciben cada día.

Valentín está muy nervioso. Sentado en la silla dentro de la habitación del vigilante de seguridad, se destroza las manos preocupado por la situación. Le han pillado y no sabe en qué va a terminar el lío en el que está metido. Está asustado por él y por lo que pueda llegar a saber su esposa. En compañía del vigilante esperan la llegada de la policía.

—Por amor de Dios, cómo se le ocurre a un hombre ya de su edad, verse en estos líos —le censura el joven que se apiada del anciano al ver como corren las lágrimas por las arrugadas mejillas del abuelo—. Compréndalo, yo hago mi trabajo —justifica.

La policía detiene a Valentín que, con la cabeza gacha, por la vergüenza, sale del establecimiento dirección a la comisaría donde prestará declaración. En su cabeza rebota una sola idea; «Pobre Merche, que ella no se entere, que ella nunca sepa nada de todo esto».

Mercedes sentada en su sillón de orejas de escay marrón, con su sexto sentido de intuición encendido, vislumbra que algo ocurre ante la tardanza de su marido. Valentín es un animal de costumbre y no es hábito en él llegar tarde al almuerzo y menos en un día tan señalado para ambos.

Su esposa reniega de su suerte al saber que tarde o temprano tenía que suceder. La mujer no encuentra más salida que la de cubrirse la cara con sus manos y llorar en silencio el secreto de Valentín.

Visite la web del editor
Escritordaniel.es

Antropología del olor

“Ese aroma tiene algo de oscura fascinación; me agrada, pero no he negar que los matices de su penetrante y aceitosa densidad son como esquirlas al rojo vivo quemándose por dentro, muy dentro de la memoria, del recuerdo, de la refractaria evocación que se aviva con las indigestas tonalidades del porvenir”. Mientras caminaba hacia la casa de Jacinta, la muchacha a la que le compraba tintura de camello para los acrílicos que pintaba en el taller de expresión abstracta, me fue imposible no reparar en los aromas que se desprendían de los pequeños establecimientos de comida instalados a las orillas del callejón poniente. Caminar por el callejón a esa hora del día, resultaba una experiencia antro-po-culinaria. Allí convergían todo tipo de olores: picantes, grasos, dulzones, afrutados, oceánicos, montañosos, desérticos, veraniegos, atemperados, astringentes, lechosos, almibarados, invernales, nocturnos, celestes, lúbricos, otoñales, culposos, selváticos, exuberantes, nebulosos, ácidos; olores que incitaban al cachondeo de la memoria más recatada, reacia a los encantos de la divagación y el devaneo. Al escuchar a las marchantas que ofrecían sus guisos a los transeúntes, el apetito se avivaba cual si fuese un fuego volcánico y abrazador, como si dentro de uno habitara un huérfano hambriento dispuesto a acabar con la mala racha, con el infortunio, con la amarga necesidad de llenar el estómago. Andando lentamente, traté de respirar el carnaval de efluvios gastronómicos que flotaban con furor e independencia sobre un espacio electrificado por la gula, concentrándome solo en los afilados bordes de su inasible sutilidad; de pronto, sin que la maquinaria de la razón extendiera sus fúnebres tentáculos sobre lo que acontecía, tuve la errática impresión de que todo aroma, inevitablemente, tiene un vínculo con la reminiscencia y, toda evocación -qué duda cabe- es lenguaje, palabra, sonoridad que reverbera en las profundidades de nuestro cuerpo; no solo en la cavernosa inmensidad de la memoria, sino más allá de las neuronas, de las células, de la piel, de la epidermis, de los músculos, de los huesos. No se trata de un reduccionismo lingüístico, sin embargo, toda experiencia se traduce en palabras, pasa por el filtro de lo simbólico que, dependiendo el contexto, es decodificado culturalmente conformando un ingenioso sistema de signos.

De tal modo que, en mí, el callejón poniente me remite a un pasado perdido en algún lugar de la consciencia; no el callejón en sí, sino un aroma en particular, un olor imperecedero que en algún momento de mi infancia percibí de manera acendrada. Tal vez esté equivocado; no se trata de un olor en concreto, sino del guiño altivo y pertinaz de algunos recuerdos que se ocultan tras las huellas de los aromas tan presentes durante mi lejana niñez. Sí, eso es, ciertos olores y oscuras remembranzas que se arraigaron en la intemporalidad de lo vivido mientras iba creciendo, torpemente, entre lágrimas y gritos de sobrecogedora ingravidez; el olor a cochambre, a aceite quemado, a grasa acumulada en el plafón de una cocina estrecha y sórdida: la de mi abuela. Ese aroma me acompañó durante muchos años, no porque fuera del todo insoportable; no, más bien porque era parte de la atmósfera, del ambiente, del escenario donde me solían apalear mis papaitos. Cómo olvidar que, mientras me zurraban con la manguera de la lavadora -una manguera color gris, gruesa como la trompa de un elefante- yo miraba hacia el techo, tratando de ignorar los latigazos que mi padre asestaba sobre mi delgado cuerpo, perdiéndome en la infame geometría de las manchas negruzcas de una mugre generacional, una mugre que hedía dentro y fuera de mi ser. Ese olor se me clavó en el punzante laberinto del corazón, en los cilíndricos intersticios por donde fluye la sangre que me mantiene vivo. Vaya que la existencia es un saco impermeable donde se acumulan los tufos de la amargura dulce. No solo la amargura, sino también -hay que decirlo abiertamente- tienen cabida aquellas fragancias que nos resultan placenteras, aquellas que se destilan desde el umbral de la beatitud. Por ejemplo: mi abuela usaba dentadura postiza, supongo que no debió ser muy esmerada en el cuidado de sus dientes, o tal vez -hecho más probable- los barbitúricos que consumió durante años para poder conciliar el sueño, terminaron por convertirla en una desagradable viejecilla chimuela. Cuando se encontraba en la soledad de su alcoba, sabiendo que nadie la sorprendería, abría la boca y se la quitaba para limpiarla meticulosamente con un producto químico que, si no mal recuerdo, se llamaba Corega. Era una pasta color ocre que despedía un

olor a laboratorio industrial; lo extraño es que, lejos de parecerme repugnante, me sumía en un estado de misteriosa embriaguez. Yo solía espiarla por las noches a través de la mirilla del picaporte. De algún modo me convertí en el testigo anónimo de su ritual nocturno. Verla sin dentadura era como si se mostrara desnuda, sin artificios, sin atavismos, sin los velámenes tras los que ocultaba el miedo, el terror, la angustia ante los pródromos del envejecimiento, los signos abominables de la caducidad humana. Me divertían las muecas que hacía frente al espejo, las retorcidas gesticulaciones que exageraba en silencio, dejando al descubierto sus encías desdentadas como si fuera un recién nacido; no exagero al decir que mi abuela al actuar de ese modo, ataviada con su bata de seda y sus pantuflas bordadas que una de sus hijas le había traído del Japón donde celebró su luna de miel, guardaba cierto parecido con el escritor y dramaturgo francés *Antonin Artaud*: histriónico, locuaz, ampuloso, furibundo, elocuente y excéntrico. Sospecho que el parecido no solo consistía en lo histriónico, sino también en otro plano mucho más personal: el hedor. Mi abuela, al perder la cordura, se convirtió en un ser andrajoso y maloliente; con el paso del tiempo, comenzó a despedir un tufo nauseabundo que se percibía a kilómetros, un olor que se impregnó no solo en sus ropas, sino también por toda la casa. Resulta incomprensible que tras décadas de haber fallecido aún se logre advertir, sobre todo en temporada de estío, esa fetidez tan suya. Entre estofados, barbacoas, fabadas, budines y pastelillos, decidí, después de haberme extraviado en los confines de mi pasado, sentarme a degustar una paella valenciana. Mientras esperaba a que la dueña del restaurante atendiera mi solicitud, pensé que, más allá de ser “un conjunto de haceres”, de experiencias y sucesos que transcurren con un tempo progresivo e irreversible, la vida se reduce a una vasta y centelleante historia de los aromas, aquellos que se infiltraron en las irreparables grietas de nuestro destino. Así que, señoras y señores, basta de desatinos y especulaciones fugaces; sin mayor dilación, me dispongo a devorar mis viandas deseándoles *buon appetito*.

Juan Carlos Flores

México

ABANDONO

Estar presente y ausente a la vez
 Fue la lección que me enseñaste en la niñez
 Actuabas como un mago aprendiz
 Desplegando tus trucos ibas y venías
 Sacabas flores de sombreros reias
 Cigarros entraban y nunca salían de tu nariz.

El dinero lograbas muy bien ocultar
 Monedas saltaban siempre de tus manos
 De las mangas billetes enrollados o doblados
 Pero comida para la cena nunca podías aportar
 De repente palmadas y azotes de tu cinturón
 Para mí era incomprensible adivinar que
 habitaba en tu corazón.

La respiración por horas podías contener
 Ayudado por pócimas simples
 que dominaban tu lucidez
 Practicabas ese truco
 casi todos los días al amanecer
 Realizaste tu acto principal sin dar ninguna
 explicación y desaparecer.

Espero seas ya un profesional
 Que en el circo en que te encuentres
 Diviertas a tu público con un show real
 Y que no sea el escapismo
 tu única especialidad.



Fredy Pimiento

Bogotá

Celda

Enrique Borst

El cristal que a veces lo es todo, ostenta gotas de agua y engaña al horizonte. Tras de sí las rejas macizas de hierro, verticales y oxidadas. Al fondo se extiende una paleta de verdes borrosos y tristes debido a la tormenta.

Él ve la misma postal noche y día desde su nicho claustrofóbico. La postal difiere sólo mínimamente con los vaivenes del clima, las estaciones y el correr de los amaneceres y atardeceres. Los años transcurridos no se entienden sin un espejo. De alguna manera el encierro le dio poderes mágicos. Puede traspasar las paredes y las rejas con su singular mirada. Sin embargo, hay veces que se siente tan mal que no desea hacerlo. Él vio pasear leones hambrientos y elefantes pequeños. Un saltamontes le contó que el río y los arroyos que circundan el lugar están atestados de pirañas.

El techo de su cuarto es blanco, pero a veces es infinito. Es más que una ventana. No importa la hora. Puede haber un águila surcando los cielos o un caracol comiendo la última hoja del otoño. Una lombriz, un perro o una mariposa. Puede haber cualquier cosa menos hombres. Estos se han olvidado de él, y él se ha olvidado de ellos. Todo el espacio que habita se reduce a tres pasos hacia delante y dos pasos hacia los costados. Es finito. Una araña de color negro vestida con una línea roja lo sabe bien. Tiene el tamaño de una mano y él la nombró mano. De la misma manera que una madre nombra a un hijo. La araña no es una fantasía. Ella un día se apropió de la intersección entre la pared de la medianera y la ventana. Hizo del hueco de un ladrillo un hogar. Es libre, feliz y no

necesita moverse demasiado. Puede estar estática por horas apoyada sobre la tela o en su refugio en el rincón del ladrillo. Él la ve todos los días, la imita y la sabe compañera. Un hombre vestido con un delantal blanco lo sacará de allí una vez a la semana. No es el mismo que le pasa el alimento y se lleva sus desechos. A éste nunca le ve la cara. Huele diferente, se siente diferente. Este otro es un hombre alto que le abre la puerta de metal y habla muchas palabras que él no comprende. Él piensa que no se trata de un ser que pertenezca al género humano. Entiende que es más bien una especie de híbrido. Un ser vivo con manos, pies y cabeza, pero que carece de corazón. Un ser bien alimentado, educado, inexpresivo y sádico. Una vez a la semana este ser no humano le hará una serie de preguntas hasta bostezar. Más o menos serán siempre las mismas. Él no va a responder ninguna. Nunca lo hizo y nunca lo hará. Sabe que luego va a volver a su nicho y allí se quedará paciente viviendo su vida tranquila como la araña. Sabe que será libre con su imaginación.

Estos seres híbridos sin corazón que inundan el mundo le quitaron la voluntad, la fuerza y la voz. Le cercenaron el horizonte en forma de barras y le prohibieron caminar. Ya no recuerda su pasado, pero intuye que sus pensamientos de hombre no le fueron de ninguna ayuda a la sociedad. Cuando la luna es llena él se enoja y piensa que estos seres egoístas se multiplican como las bacterias para apropiarse del mundo. Actúan y quieren ser Dios, pero en realidad son el Diablo.

Él, cada día que pasa aprecia más y más a la araña.

TRES COLORES

Sergio
Borao Llop

ROJO

Delfina está llorando.
Otra vez la noche se ha teñido del estallido de su voz en llamas.
Y los vecinos contienen el aliento como si así pudiera disiparse la música siniestra del horror.
Delfina está llorando. Crece una flor carmesí sobre el opaco lienzo de las baldosas ignorantes que sólo atinan a impregnarse de reflejos, olores, sonidos leves, síntomas de vergüenza para siempre acallados.

Y nadie habla. Nadie grita. Nadie se estremece. La noche es un silencio apenas quebrantado por ese llanto quedo y acaso, en los tejados adyacentes el eco de un maullido solidario.

GRIS

Las he visto florecer en las esquinas. Brillar y arrebatarse como una exaltación, el centelleo de un relámpago.

Fugaces flores de una noche que al amanecer se mustian dejando tras de sí el eco de un perfume, una resaca de sal y desencanto.

Viven entre la niebla y la penumbra, donde nunca penetra la esperanza y el tiempo es el perfil de una navaja con el filo mellado.

PÚRPURA

Música. Luz. Conversaciones.
Un polvo blanco en la yema del meñique.
Tacones. Rímel. Medias de rejilla.

Ella camina resuelta atrayendo miradas, despertando deseos y palabras. A su alrededor vibra un estruendo de arañas luminosas, estrellas de interior, constelaciones de plata y oropel, oro, esmeraldas, un éxtasis de brillo y dientes blancos.

Pero este oasis es solo un decorado. Detrás del cartón-piedra huele a azufre y al final del corredor hay una puerta y tras la puerta un hombre, unos billetes, la sonrisa perversa del crupier en cuya mano están todos los triunfos.

Tiempo atrás le dijeron que esa puerta se abría al paraíso.

Ahora solo espera -entre lágrima y golpe- que algún día se cierre para siempre o ángeles jornaleros derriben estos muros y excaven galerías hacia el cielo secreto de Boudin.





Entornos 3 Amanecer; Freire
Entornos 4. Hoja. Freire



Página 30 Visto en redes



El libre mercado en los libros de teoría económica



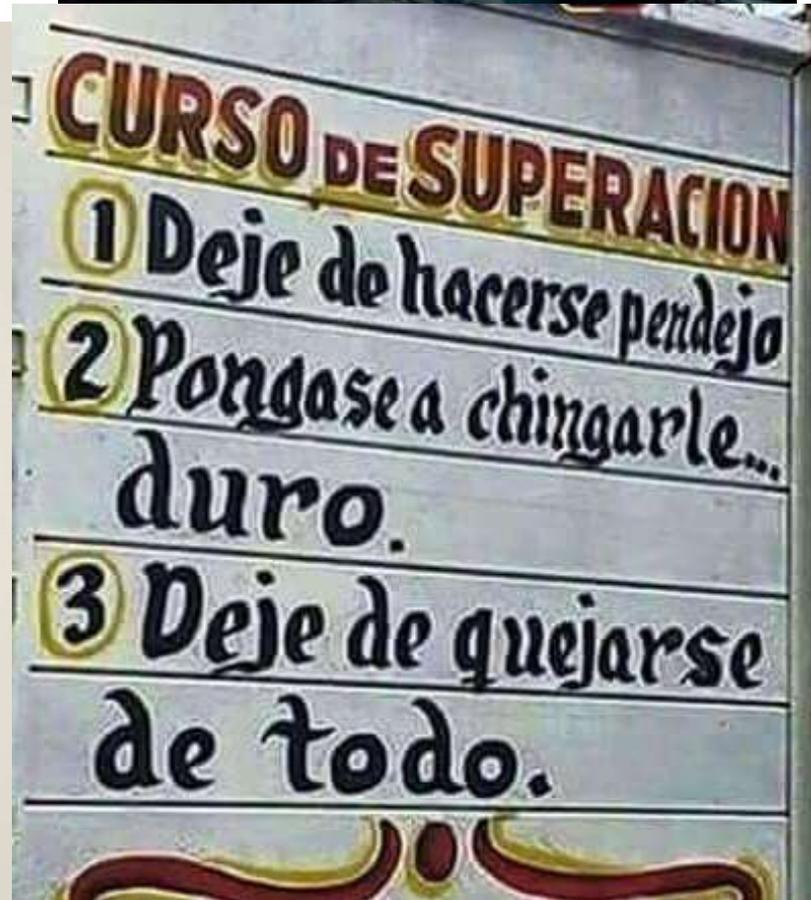
El libre mercado en la vida real



Latinismos

- . **Grosso modo**: Sin demasiada exactitud.
- . **Honoris causa**: En reconocimiento a sus méritos especiales.
- . **In fraganti**: En el mismo momento.
- . **Ipsa facto**: Inmediatamente.
- . **Motu proprio**: Voluntariamente.
- . **Sine qua non**: Absolutamente necesario.
- . **A priori**: Previo a.
- . **Ad hoc**: Especialmente dispuesto para un determinado fin.
- . **In situ**: En el lugar.
- . **Ergo**: Por lo tanto.
- . **Mea culpa**: Por mi culpa.
- . **Ad honorem**: Solo por el honor.
- . **Ex profeso**: Hecho intencionadamente.
- . **Pero se**: Por sí solo.

¡Carpe diem! 🙌 😊
(aprovecha el día)



El Globo

Un globo que en el parque llamaba la atención, tenía pintada la cara de una persona. El globo, al perder altura se posaba en la boca abierta de algún sorprendido espectador a quien procedía a extraerle el aire que necesitaba para elevarse nuevamente. Él caía al suelo sin vida y el globo reflejaba alegría en sus ojos. Se acercó, lo puyé con un palito, explotó y un aire pesado, gris ceniciento y pútrido, acompañó su retumbo sollozo silbante y todo quedó en silencio.

Luis Felipe Ortiz Reyes.

77 años

Nació y vive en Caracas, Estado Miranda, Venezuela.



De pesca

Fuimos a pescar al río y nos adentramos en una toma poco profunda y de suave curso, que parecía de agua estancada. Estaba llena de voladores y lauchas. Los caudones, que vivían en un cerro tapiado de árboles, que, desde aquel ángulo, los ocultaban, nos cayeron a piedra.

Los árboles no nos protegieron bien. German salió con el coco roto y, Ciro, con un chichote en la cabeza. Algunas piedras alborotaron un avispero y, todos picados, echamos a correr dejando atrás la pesca de ese día.

Luis Felipe Ortiz Reyes. 77 años

Un dos tres

Todo se detuvo cuando dejaron a Rick en el altar. Ninguno de los asistentes se esperó el final de la historia. Fue como una serenata sin melodía. La letra se compuso sola y la coreografía era de una persona. Se pronunciaba un baile en solitario por miedo a traicionar un vals, cuyo tropiezo marcaba un nuevo inicio.

Dos años después y Rick encontró otra pareja. Salidas de medianoche que incluían cenas que se convertían en fiestas hasta la mañana. De entrada, siempre era lo mismo. Algo natural con un toque de intercambios agridulce. Luego, el plato principal fue preparado con comida experimental, de aquellas que te dejan con ganas de más. Y siempre pasaba así. Hasta terminar con un postre. Jamás se repetía y era lo más dulce que había probado en su vida. Manjar de dioses, decía él. Pero extrañaba el baile. Aquel te pilló y te encuentro. Salirse un poco de la monotonía. Así que terminó con el cocinero y empezó su carrera como bailarín.

Postuló en numerosas universidades artísticas, repartidas por toda la ciudad. Se inscribió en un taller de verano, también; para llegar preparado el primer día. No le importaba ser el mayor de sus compañeros, él lo miraba como algo bueno. Podía aprender del resto. Entender las nuevas técnicas, así como imitar lo popular de hoy. Puesto que sabía que los bailes de su época ya no eran dignos de una orquesta. Él, no quiere quedarse en el pasado.

Ya cinco años de esa serenata y recién Rick había encontrado su ritmo. Le sobraban las palabras para componer la canción definitiva, pero no se sentía preparado aún.

Mientras, su profesor lo alentaba a seguir aprendiendo. Lo estaba haciendo bien hasta ahora y no se iba a rendir hoy. Aunque signifique darlo todo y sentir que sus huesos abandonan la carne que lo compone. Hasta no poder más. Iba a conseguirlo. ¿Pero el qué?

Último año de carrera y todo está listo para graduarse. Su vida entera plasmada en un pedazo de cartón. Algunos de sus compañeros eran felicitados por sus padres y familiares, contentos del logro. Rick no tenía con quién compartir la cima. Ahora tiene a todo el público pendiente de su próximo movimiento. El baile está por comenzar. Y la canción de fondo resonaba en sus tímpanos, tratando de coordinar sus pasos y arreglar su postura. Moverse con la música. Finalmente, el último verso canta así: creemos que estamos listos para dejar ir.

Bastián Núñez



DESMAYO

Remedios Solano (Alemania)

A mi madre y a Anita, amigas inseparables

Esta historia me la contó mi madre un tiempo antes de morir. No era ella una mujer dada a las historias. Las únicas que le gustaban eran aquellas en las que la gente, de pronto, es arrojada de bruces contra la fatalidad y se marchaba para siempre. Me refiero a esas en las que el protagonista tiene, sin saberlo, una cita con su destino. Todos hemos oído alguna vez de la chica a la que se le cae encima, matándola, el tiesto de una maceta cuando pasa por una calle por primera vez y por mera casualidad. O del modesto matrimonio expulsado de este mundo porque el avión en que vuela hacia las primeras vacaciones de su vida se estrella en mitad del Atlántico. Y también nos han dado noticias de quien toma un tren diferente al que suele coger cada mañana justo el día en que a alguien se le ocurre hacerlo estallar por los aires. La programación de las televisiones está llena de relatos semejantes. Este que voy a narrar impresionó especialmente a mi madre porque le sucedió a alguien a quien ella conocía: a Beatriz, una amiga suya. O quizás solo fuera que, protectora como era con sus vástagos, quiso advertirme de algo: cuando esperes el tren, el autobús, el tranvía...

No llegué a conocer a Beatriz personalmente porque fue una amistad que fichó mi madre cuando yo era mayor y hacía tiempo que vivía lejos. Las dos se conocieron tras el divorcio de mis padres, algo que aconteció tras una larga agonía conyugal cuando los hijos éramos ya adultos. Liberada de la atadura matrimonial, mi madre empezó a salir más, a apuntarse a las excursiones del Imserso y a participar en todo tipo de cursos (natación, costura, informática...). En una de esas actividades se encontró con Beatriz. La atrajo de ella su acento andaluz, apenas suavizado por décadas residiendo en Cataluña. Sabido es que la lengua no es solo la que hablas, sino cómo la hablas. En las fotos que mi madre me mostró de su amiga vi que Beatriz era bajita, algo regordeta de cuerpo y con una cabeza un tanto desproporcionada. El peinado que llevaba (con un tupé levantado hacia arriba, como había estado de moda en los años sesenta) contribuía a recalcar tal impresión. Llamaba la atención su nariz, grande y bien perfilada. Los ojos y la boca resultaban insignificantes, sometidos a la dictadura de la nariz, la cual dominaba el rostro con rotundidad. Me la imaginaba charlando con el acento gaditano, el de la costa, ronco, basto y amargo.

Beatriz, viuda desde hacía varios años, habitaba un pisito en el barrio barcelonés del Carmelo. Aunque era pequeño, como no tenía hijos y vivía sola, le ofrecía espacio más que suficiente para instalar en él un completo taller de costura, su gran pasión. Desde ahí cosía para la gente o para sí misma, también para sus amigas y las nietas de sus amigas. A mi madre le hizo unas blusas preciosas y a mis sobrinas no dudó en coserles el traje de bruja en unos carnavales. Todo eso podía hacerlo desde que enviudó. Antes no.

Pese a que Beatriz no contaba mucho de su matrimonio, por lo poco que decía era evidente que no había sido demasiado feliz. A veces, en lo que se le escapaba, se oían golpes, gritos, borracheras, humillación. Hay esposas que hablan de su suplicio con maridos maltratadores. Otras callan. Beatriz era de estas últimas: de las mujeres de quienes a veces huye algo por rendijas inesperadas del subconsciente, pero en las que permanece almacenado en tinajas (casi) herméticas la mayor parte del horror. Por sus actos después de enviudar se puede suponer que fue una liberación.

La primera paga de la viudez la empleó en comprar una máquina de coser. La segunda en armar unas estanterías donde colocar las telas que iba comprando aquí y allá. La tercera en poner anuncios ofreciendo sus servicios como costurera. Y así hasta, como he dicho, montar un tallercito en el que no faltaba de nada. Los encargos le llovían. Igual hacía vestidos y pantalones, que manteles y cortinas. Tenía unas manos privilegiadas para las telas, por lo que sus clientas (principalmente eran féminas) la recomendaban a otras

y estas a otras. Si Beatriz estaba orgullosa de algo, era de haber logrado ser independiente de la viudedad de su marido. Eso lo contaba riéndose en las merendolas con sus amigas, amigas que habían llegado tras la muerte del marido. Antes, en esas confesiones raras que a veces se le escapaban a Beatriz, no había visto más que las paredes de su casa.

Acaso por los malos recuerdos que le traía esta, otra de las acciones emprendidas por la viuda fue mudarse de la vivienda que había compartido con su difunto al pisito en el que moró durante los últimos años de su vida. Allí estuvo mi madre muchas veces. Se iba tras el almuerzo, merendaban juntas y Beatriz la ayudaba a arreglarse una falda, coser los bajos de un pantalón, meter la sisa de una chaqueta, etc. El pisito, no se cansaba de repetir mi madre, tenía un patio interior que Beatriz había llenado de macetas, una réplica humilde de los frondosos patios andaluces. Ahora bien, las flores de los geranios y los claves no eran de verdad: Beatriz los tejía con lana. Y es que el patio era demasiado oscuro para que las plantas pudieran florecer. De tanto en tanto, la mujer arrancaba las flores, las metía en la lavadora y de allí pasaban de nuevo a las macetas con un brillo renovado por el detergente y el agua. Si el tiempo estaba bueno, Beatriz se sentaba ahí, sola o acompañada de una amiga. Al parecer, de los hombres no quiso saber nada nunca más. Alguna vecina de los pisos superiores, cuyas ventanas miraban al patio, se asomaba, la saludaba y en ocasiones bajaba a tomar un café.

Hasta que aconteció aquello, la vida fluía mansa y previsible para la costurera. Una mañana, Beatriz dejó sus dedales y sus agujas para ir al cementerio. Habían pasado unos cuantos años desde que su carcelero reposaba en uno de los nichos de Montjuic. ¿No era tiempo de apartar el rencor a un lado e ir a cuidar su memoria? Al principio había visitado el nicho con asiduidad para convencerse de que el hombre no hubiera escapado de su agujero. Eso se lo contó alguna vez a mi madre (y ahí se le escapó que no superaba el trauma de oírlo regresar borracho, que a veces se despertaba por la noche creyendo oler el aliento del alcohólico que había sido, que no podía creerse estar sola y libre en la ciudad). Luego ya no fue más al cementerio. Se concentró en su taller y en su vida recuperada, ello pese a que, hasta el final, le costó mucho caminar por las calles sin volverse continuamente para comprobar que nadie la seguía.

¿Por qué se le ocurrió regresar al camposanto? Quizás tuvo que ver con una nimiedad que sucedió durante el último de los viajes del Imsero en que participó Beatriz: una de las integrantes del grupo, al pasar frente a una iglesia dedicada a San Narciso, recordó que a la semana siguiente se celebraba la onomástica de dicho santo. A Beatriz, dijeron después sus amigas reconstruyendo los hechos ya sin ella, se le puso mala cara. No se ponían de acuerdo las mujeres si se le escapó alguna exclamación o permaneció callada. Según una de ellas, exclamó:

—¡El santo de mi marido!

Otra de sus amigas, también presente en dicho viaje, asegura que no dijo ni mu. Una tercera, en sintonía con la memoria de mi madre, afirma que no solo pronunció las palabras mencionadas, sino que incluso se tambaleó. La llevaba agarrada del brazo y notó que Beatriz tuvo un amago de mareo. En lo que coincidían todas es en que Beatriz estuvo rara en aquel viaje. La última noche ni siquiera cenó con las demás. Se quedó en su dormitorio y, cuando su compañera de habitación regresó, la encontró sentada en el balcón, mirando el mar del que a esa hora solo se vislumbraban hilillos de espuma blanca en su superficie. Reuniendo los datos de que disponían, las amigas concluyeron que Beatriz quiso embellecer el nicho del difunto Narciso para su onomástica. Bien faltó debía estar de cuidados si habían pasado varios años sin que nadie se ocupara de él. Donde está el cementerio, en Montjuic, llega el viento arrastrando el polvo que levantan los trenes al pie de la montaña y las tumbas se cubren de una capa generosa que parece el azúcar de los pasteles, hasta que alguna tormenta se encarga de convertirlo en lodo resbalando sobre nichos y mausoleos.

El día que Beatriz por lo que fuera se sintió empujada al camposanto amaneció con una meteorología poco apetecible. El cielo se deshacía en girones negros de los que escapaba un viento peleón que en Montjuic se colaba entre las tumbas y las impregnaba del olor marítimo. Las gaviotas, esos días, sobrevuelan sobre los mortales de abajo, ajenas al aire funesto del lugar, soltando unas carcajadas que se esparcen como cristales rotos por encima de los nichos. Aquella mañana de martes, bajo las nubes oscuras, eran extraños ángeles suspendidos del cielo. Poca gente se toma la molestia de ir entre semana a Montjuic. Había algunos turistas, desgajados de la avalancha que desde hace unos años inunda las calles de Barcelona. Las guías los conducen hasta allí prometiéndoles recorridos de unas dos horas. Les hablan del Modernismo en algún que otro

panteón, de las personalidades enterradas por acá y por allá, de los ángeles que brotan de la tierra, de las plazuelas que se han formado en alguna de las terrazas cuando se juntan varios mausoleos, mansiones lúgubres de los más ricos. Uno de esos turistas fue, precisamente, el que contó a la policía lo ocurrido. El nicho que buscaba Beatriz no tenía boato alguno. Con todo, sin ser de los que llaman la atención, a los extranjeros sí que les resultan atractivas tales colmenas, que es lo que parecen tantas lápidas subidas unas encima de otras. Para los que proceden del norte, donde aún se entierra en el suelo, es sugestiva semejante modalidad ibérica. Ante uno de esos agujeros se detuvo Beatriz. Estaba alto, buscó una escalera, la empujó, se subió y ¡a limpiar! Sus manos no solo servían para la costura y el bordado, también para el estropajo y la bayeta. Por lo que hallaron en su bolso, el que entregaron en el hospital a las amigas, quedaba claro a lo que había ido al cementerio: dentro había sendos botes con limpiacristales y lavavajillas, además de unos guantes y unos cuantos trapos sucios. Eso, las llaves y el monedero sin carné, es todo lo que llevaba Beatriz. Que pensaba regresar pronto a casa se deducía de la olla con verduras recién cocinadas que luego encontraron en su piso.

Tales detalles los contaron en el tanatorio las mujeres, las mismas que días antes habían compartido con Beatriz el viaje a Lloret. Como entonces, estaban sentadas en cómodos sillones alrededor de una mesita de cristal, elegante y minúscula, lo suficientemente grande para unas tacitas de café, no más. A las amigas, que a Lloret habían acudido recién salidas de la peluquería y engalanadas con los mejores trapitos de sus roperos, en el tanatorio se las veía despeinadas, con marcadas ojeras y sin una gota de maquillaje para disimularlas. Todas al borde de los setenta, con cada año labrándoles la piel, nada habían hecho ese día para engañar la edad y, si lo habían hecho, sus esfuerzos no se notaban. Los saloncitos del tanatorio se parecían a los de aquel hotel en Lloret, como si existieran realidades paralelas: un saloncito para bailar después de la cena o mirar cómo danzan los que tienen ganas; otro para llorar y recordar a quien acaba de marcharse. De Beatriz recordaban al unísono el aire sombrío que lució en aquel viaje, tuviera San Narciso algo que ver o no. Encima del ataúd, cerrado, alguien había colocado una foto de la difunta en la que se la veía sonreír una mañana de verano con su tupé recién peinado hacia arriba y el carmín brillando sobre la piel bronceada.

En el hospital no pudieron, en un principio, identificarla. La llevaron al depósito de cadáveres y allí la dejaron esperando hasta que alguien la reclamara. Aquel martes, Antonia, una de la pandilla de divorciadas y viudas a la que pertenecían Beatriz y mi madre, se percató enseguida de que algo había tenido que suceder. Por la tarde habían quedado para ver una película en la sesión de las seis y luego cenar algo. Beatriz no asomó. La aguardaron en vano a la puerta del cine y la llamaron sin resultado a casa (no tenía móvil), así que todas se quedaron con el gusano de la inquietud en el estómago.

Al día siguiente, mi madre y Antonia se personaron en el piso de Beatriz. Tanto insistieron con el timbre que la vecina de arriba, la que a veces bajaba al patio de Beatriz, acudió a interesarse por lo que pasaba. Se lo explicaron. La vecina buscó a otra mujer de un bloque cercano de la que sabía que tenía una llave de Beatriz. Unos minutos más tarde, las cuatro abrieron temblando la puerta pensando descubrir a su amiga y vecina muerta de un infarto. Las recibió el vacío de un piso donde cada cosa ocupaba su lugar, especialmente en el taller. Los hilos estaban colocados con primor en una pequeña vitrina. Daba gusto ver los colores cálidos, del amarillo al rojo intenso, y los azules, los grises y los negros. Eran como los rotuladores que encierra el estuche de una niña cuando todavía no ha tenido tiempo de desordenarlos. Una americana a medio arreglar reposaba en la máquina de coser y los pantalones de un traje esperaban encima de la tabla de la plancha. El resto del piso se hallaba, igualmente, en perfecto orden: la cama hecha, con la colcha muy estirada y sin una sola arruga, las cortinas corridas, las persianas levantadas, los platos secándose en el fregadero, la mencionada olla de verduras sobre la vitrocerámica. En el patio, las flores de lana brillaban por el último lavado. ¿Y si Beatriz se había marchado por unos días?, apuntó la vecina. No, replicaron las otras al unísono, la olla... ¿Para qué cocinar si te vas de viaje?

Urgía llamar a la policía, convinieron. Se sentaron en el saloncito de Beatriz y Antonia comenzó a marcar números. La policía no sabía nada, pero recomendó llamar a los hospitales de la ciudad. Así lo hizo Antonia. En la cuarta o quinta llamada averiguaron que había una persona accidentada sin identificar. ¡Qué nerviosas se pusieron! Mi madre, Antonia y la vecina de la llave acudieron a la dirección que les habían indicado. Esta mujer resultó ser la única amiga antigua de Beatriz. Era una gallega que la conocía de décadas atrás, de

cuando ambas estaban recién llegadas a Barcelona. Guardaba muy buenos recuerdos de ella, de su generosidad y también de su arte con la aguja, que el marido solo le permitía practicarlo a escondidas. Fue ella la que confirmó -ya a los pies de Beatriz, encerrada en el ataúd- lo malo que había sido el matrimonio. Le pegaba, sí, y no la dejaba salir a ningún sitio, ni siquiera a comprar; la insultaba porque no fue capaz de tener hijos, aunque la mujer estaba convencida de que fue él quien la dejó estéril a base de golpes.

Las cuatro mujeres iban muertas de miedo cuando llegaron al depósito. Incluso se habían tomado una valeriana antes de entrar. Fue como en las películas: un hombre con una bata blanca las condujo a una sala de la que se habían borrado los colores, salvo el gris y el blanco sucio. Entraron y sintieron el tremendo frío que hacía allí. El empleado llamó a una compañera, la cual acudió con premura para guiar al grupo hasta una pared con muchas compuertas, unas encima de otra, como los nichos en el cementerio, solo que en lugar de nombres, fotos y flores, tenían grabado un número de varias cifras por todo adorno. La empleada consultó un papelito que llevaba en la mano, dijo algo a su compañero y, tras encontrar el que quería, abrió la compuerta y tiró de una palanca. Salió entonces una camilla, sobre la cual se dibujaban los contornos de un cuerpo humano cubierto por una sábana blanca. Al retirarle la sábana, vieron que era Beatriz, sin duda, una Beatriz encogida, como si la muerte la hubiera escurrido igual que hacemos con los trapos para sacarles el agua. Tenía el cráneo destrozado, o por lo menos así se adivinaba debajo de los vendajes que le habían puesto. Las amigas la reconocieron por una pulsera de oro que llevaba en la muñeca derecha, una que nunca se quitaba. Mi madre y sus compañeras empezaron a gimotear. Enseguida llegaron otros dos empleados, se llevaron a las mujeres de allí, las consolaron, les hicieron preguntas y las ayudaron a rellenar un formulario, todo rapidísimamente, saltando sin respiro de un paso al siguiente.

Se marcharon con el compromiso de Antonia de encargarse del entierro. Ya ni tenían ganas de llorar. Entraron a una cafetería y, bajo el runrún del televisor y las charlas ajenas, se desahogaron. Un café y unas pastas recompusieron sus ánimos. Antonia, muy organizada, comenzó a trazar un plan. Había que ir a casa de Beatriz y buscar la póliza funeraria. Que tenía una era seguro. A partir de cierta edad era un tema recurrente entre ellas y varias veces lo habían comentado. Pagaron lo consumido en la cafetería y salieron del establecimiento. Otra vez un taxi las condujo al pulcro pisito de Beatriz; otra vez franquearon la puerta, ahora con la calma de saber lo sucedido. No tardaron en hallar lo que buscaban. Beatriz era ordenada no solo en las apariencias, sino también en lo que no se veía. En el armario del dormitorio, en una carpeta, localizaron las pólizas. De nuevo se sentaron en el saloncito de la difunta y de nuevo fue Antonia la que marcó un número telefónico. Antonia ya tenía experiencia en tales llamadas.

Había enterrado a sus padres, a sus tíos, a su hermana y, dos años antes, a su marido (ella, con mucha pena, pues había sido un buen hombre). Así que, con el desparpajo que da la experiencia, la mujer explicó el caso y lo arregló todo en un santiamén. Hasta discutió con el empleado:

Beatriz tenía un nicho en Montjuic, el de su marido; ese le correspondía.

—¡Ni hablar de ponerla ahí!

Y las otras, atentas a la conversación porque Antonia había puesto el altavoz, le daban la razón.

—Ahí no la metemos.

—Que la quemem —susurró mi madre.

Y Antonia, muy puesta ella en términos técnicos, transmitió el mensaje:

—Que la incinerem.

A los dos días del entierro, las amigas fueron convocadas a dar el último adiós a Beatriz en el horno incinerador de Montjuic. Llegaron en el autobús de línea, se bajaron en la parada donde la vida había terminado para Beatriz, se persignaron al recordarlo e ignoraron a las gaviotas, que las recibieron con sus graznidos implacables. También ese día amenazaba el cielo con desatar una tormenta que, finalmente, no llegó. La cuesta la subieron despacito, cogidas del brazo. Una docena de mujeres se habían congregado para la despedida. Se detenían para tomar aire y contemplar el incesante ajeteo de los trenes, muy abajo, moviéndose en un mundo de prisas que nada tenía que ver con este.

Luego, el grupo accedió a la mole de cemento que era el centro de incineraciones. Dentro, todo era circunspección, elegancia, silencio. Un empleado -vestido de corbata negra con un impecable traje que ni Beatriz hubiera podido coser mejor- acudió hasta las mujeres para conducir las al ascensor, donde cupieron todas, si bien un poco apretadas. Aparte de suspiros no se oía nada. Los gritos de las gaviotas quedaban

fuera, probablemente por encima del tejado. Las amigas descendieron varias plantas y, finalmente salieron a un rellano. Atravesaron un largo pasillo, lleno de sombras y adornado con pálidas calas, hasta llegar a lo que parecía un patio interior. En realidad, era un peculiar mirador: ahí, sobre una plataforma de madera, rodeada de ventanas de cristal, se veían los hornos de cremación. Cuando las mujeres llegaron, ya estaba preparado el féretro de Beatriz. La madera brillaba elegante encima de unas palancas de hierro. Dos hombres esperaban. Al ver que el grupo ya estaba, miraron para reclamar el consentimiento. Antonia les hizo el gesto que ellos aguardaban. Entonces, el horno se abrió como la boca de un animal hambriento y el ataúd de Beatriz, empujado con suavidad sobre dos carriles, comenzó a deslizarse hacia el interior. Las mujeres (llorando, persignándose, rezando, suspirando) permanecieron unos minutos allí después de que el hocico de la fiera se hubiera cerrado. ¿Imaginaron la madera consumiéndose, el cuerpo desintegrándose, el alma de la amiga alcanzando la libertad final, la que ya no se atormentaría al llegar la onomástica de San Narciso? Para entonces, sabían que se irían de viaje -sin el Imsero, por su cuenta- al pueblo andaluz del que procedía Beatriz y que allí, en el nicho donde reposaba su madre, la meterían para siempre. Faltaban aún semanas para que lo hicieran. Había que ponerse de acuerdo en las fechas, hablar con la parroquia del pueblo y solucionar otros trámites.



Entretanto, tenían que salir, subir en el ascensor, quedar con los empleados para recoger las cenizas, despedirse de ellos, bajar la cuesta hasta la salida del cementerio, ignorar a las crueles gaviotas y subirse al autobús. Cuando este se acercó, todas, instintivamente, se retiraron hacia atrás: para que no les aconteciera como a Beatriz, que se desmayó justo cuando llegó y acabó bajo sus ruedas, como si algún malvado espíritu le hubiera dado un empujón.

Visite la web del editor
Escritordaniel.es

Raíz abisal en la vereda del cuerpo

"El trigo las rodea, protegiéndolas"
Comario

Estás hijo, acunado en algún uku
esperando la oportunidad de volver
Tus piernas son raíces abisales
senderos laberínticos
intentando ascender a mis párpados

Acuéstate de nuevo en mi hombro
y crece hacia el viento
Tu nombre tibio
aún resuena
en mi vientre

No te quedes allí
Saca los dedos al sol
como brotes de ámbar

Ábrete en las flores

Nataly Noboa
Quito, Ecuador

Yo fui malabarista

Jaime Rodríguez Maté

Yo fui malabarista durante años.
Y para ganarme el pan cotidiano
iba a malabear con mis manos
de niño rico a la calle. Caños

humanos conocí. En el subterráneo
palacio la corte de los adictos
desfila bailando como invictos
aristócratas. La urbe es un cráneo

roto donde las larvas campan, santas,
inocentes, de gratis, a sus anchas.
Sucias charcas de dolor, negras manchas

de odio envuelven las fachadas, y tantas
ventanas observan el furor mudas.
Sí, tú también deseas el caos, no hay
duda.



La galería: Irina Tall Novikova (II)



